

La Ilustración Artística

Año XIV

BARCELONA 21 DE ENERO DE 1895

Núm. 682

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

Texto. - *Sainetes matritenses. El gabinete particular de S. E.*, por A. Danvila Jaldero. - *Fernández y González, Semblanza. Genialidades de un gran novelista*, por Enrique Pérez Escrich. - *La modelo*, por Narciso Oller, artículo ilustrado con un grabado, dibujo de J. Cabrinety. - *Crónica de arte*, por R. Balsa de la Vega. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *La Cabellera de Magdalena* (continuación), novela original de Juan Rameau, con ilustraciones de Marchetti. - **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Las nuevas excavaciones de la isla de Chipre.* - *El telégrafo impresor. Distribución de despachos por la máquina de escribir.*

Grabados. - *Sainetes matritenses.* - *El gabinete particular*

de S. E., dibujo de Méndez Bringas. - *Narciso Oller.* - *El primer café de Roma (siglo XVIII)*, cuadro de José Sciuti. - *La modelo*, dibujo de J. Cabrinety. - *La guerra*, cuadro de Manuel Villegas Brieba, premiado en la Exposición nacional de 1892. - *El aquelarre*, cuadro de José Benlliure. - *Retrato de niño: Fascinadores de serpientes: Arcabucero*, obras de Mariano Fortuny (tres grabados). - *Cabeza de una estatua de estilo greco-fenicio, descubierta en el templo de Apolo Resef, de Frangissa, reino de Tamassos.* - *Coto sagrado descubierto en Idalió.* - *Máquina para escribir que transmite á distancia lo que en ella se escribe.* - *El nuevo Palacio de Justicia del imperio alemán construido en Leipzig*, obra del arquitecto Luis Hoffmann.

SAINETES MATRITENSES

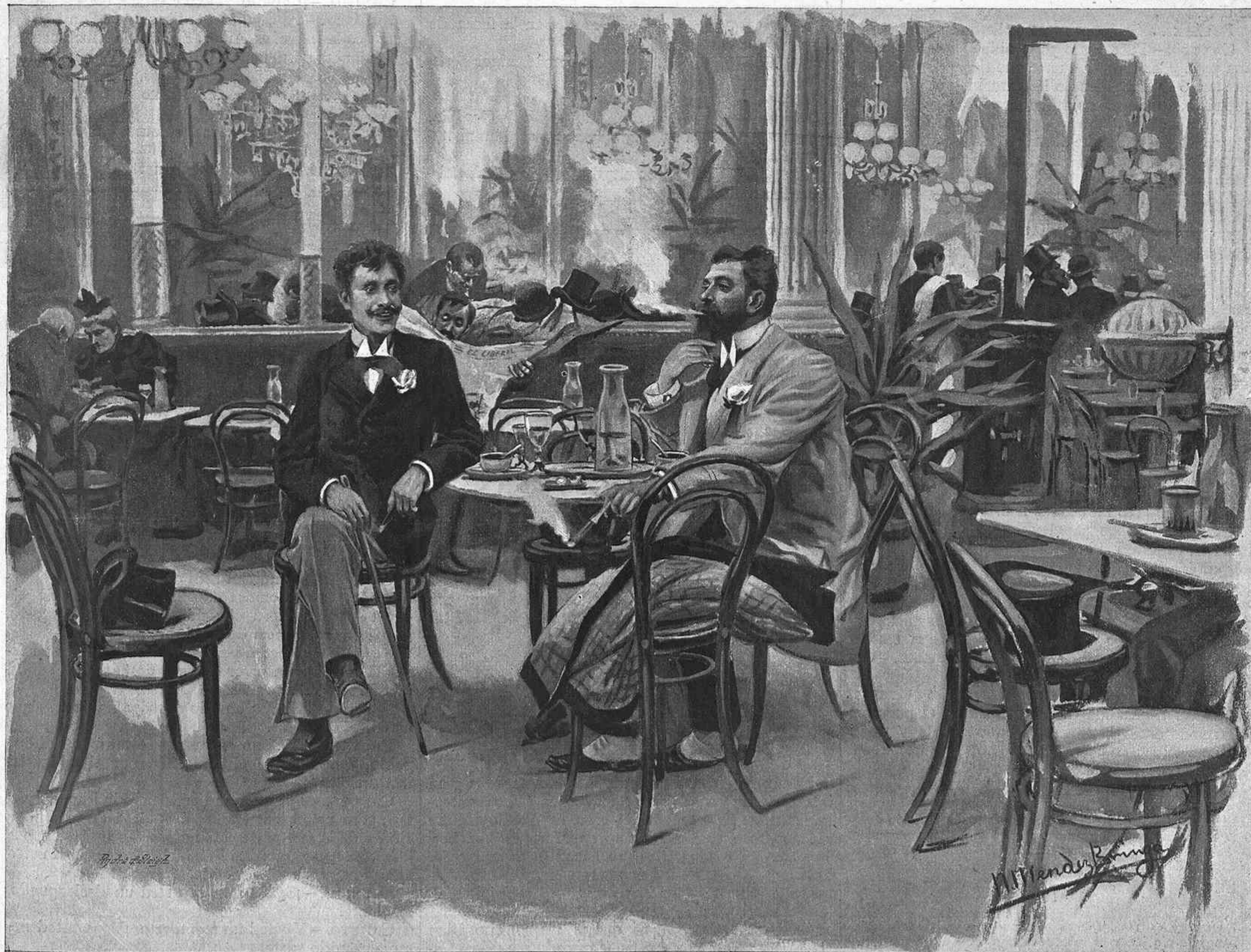
EL GABINETE PARTICULAR DE S. E.

Una mesa del café Oriental en la Puerta del Sol

I

CANUTO, joven elegante de cabeza de partido judicial, tomando café (con gotas) en la amable compañía de FULÁNEZ, candidato á diputado provincial ó á Cortes ó á lo que salga y agente de negocios.

CANUTO. - Este Madrid es mucho cuento, y para cualquier cosilla se necesita un millón de influencias



SAINETES MATRITENSES

El gabinete particular de S. E., dibujo de Méndez Bringas

y recomendaciones. ¡Canario! ¡Mire usted que para limpiarle el comedero á un triste administrador de Hacienda, ha habido que tocar pocas teclas! Y si no es por usted no hacemos nada. ¡Canario! Anteayer estuve tres horas y media aguardando ver al jefe del personal, y nada, no pareció por la oficina.

FULÁNEZ. — Amigo Canutito, para navegar sin tropiezo por entre los escollos y arrecifes burocráticos se necesita la larga práctica y la profunda experiencia que yo tengo. A mí no me la dan ni los señores del ministerio ni nadie. Vengo de raza de empleados. Mi abuelo fué covachuelista del gran Carlos IV; mi padre jefe de policía de Fernando VII; y yo, con doña Isabel II y su malogrado hijo, la República y don Amadeo, he servido veinticuatro destinos diferentes, y mi chiquitín ya tiene su destinito de cuatro mil reales en el Tribunal de Cuentas.

CANUTO. — ¡Canario! ¡Pues no es nada lo que ustedes han chupado!..

FULÁNEZ. — Y si ahora aspiro á representar en el Parlamento el distrito de cuya capital es cacique su papá de usted, es sencillamente para ver si con la experiencia que poseo en asuntos administrativos, logro encauzar la cosa pública, haciendo ver que lo que hace falta son menos doctores y más empleados, con buenos sueldos, por supuesto.

CANUTO. — Pues con que usted nos ayude á reventar al administrador, que es el único que nos estorba y que tiene un hijo que le tenemos montado en las narices desde hace un año...

FULÁNEZ. — ¿Y por qué?

CANUTO. — Figúrese usted que yo le hacía cocos á la hija del marqués del Repollo, un título manchego que vive en el pueblo y tiene la mar de fanegas de tierra y seis pares de mulas, y á ella no le parecía mal; pero vino el administrador ese de todos los demonios, y el títere de su hijo, un abogadito andaluz, más embustero y charlante que un sacamuelas, le trastornó el seso de tal manera, que se casa con él, según por allí se dice.

FULÁNEZ. — Se conoce que es listo el nene.

CANUTO. — Pues como yo le pille le voy á romper una pata. ¡Canario! La suerte que tiene es que desde que subió D. Práxedes no ha parecido por el pueblo; que si no, ahora que es mi padre alcalde, ya le habíamos escabechado. Pero ya que no se pueda otra cosa, es preciso dejar cesante al padre, y si no, no se presente usted allí, porque saldrá con las manos á la cabeza.

FULÁNEZ. — Eso á mí no me cuesta nada. La cesantía de ese tío la tengo ya prometida, y para que se convenza usted de ello, lea usted esta carta del gabinete particular de S. E., en que me dice el ministro en persona; mire usted su firma auténtica: «Tomo nota preferente de la pretensión de usted y no dude me complaceré en extremo en atender su indicación cuando me ocupe del personal. Queda de usted afectísimo amigo y compañero, etc.» Ve usted, me llama compañero. ¡Ya lo creo, y tan compañero, como que fuimos los dos milicianos del mismo batallón en la época del gobierno provisional!

CANUTO. — ¿De modo que es cosa hecha?

FULÁNEZ. — Como si lo fuera, cuestión de dos ó tres días.

CANUTO. — Pues entonces voy á ponerle un parte á mi padre para que lo lea en el casino.

FULÁNEZ. — No me parece mal.

CANUTO. — ¡Mozo, papel y tintero! Canario, amigo Fuláne, es usted admirable, demasiado admirable, porque Madrid me va gustando; y al paso que usted lleva la cosa, pronto tendré que volverme al pueblo.

FULÁNEZ. — Traiga usted, yo redactaré el telegrama, que tengo más práctica. «Alcalde Villa-Cordilla. Ministro accede gustoso pretensión. — Mañana tendremos cesantía contrario. — Todo obra Fuláne. — Correo detalles. — Canuto.»

CANUTO. — Al pelo. Vamos á ponerlo. ¡Canario! Vaya una trapisonda que se armará en el pueblo... Ni cuando entró Dorregaray el año setenta y tres... Amigo Fuláne, es usted un gran hombre. Usted será diputado por Villa-Cordilla.

El gabinete particular del señor ministro. Habitación decorada con varias taquillas, mapas y retratos de los antecesores de S. E. En un rincón algunos aparatos telefónicos; en otro una estufa de gran tamaño.

II

DANIEL y VÍCTOR, jóvenes bien portados, saborean sendos habanos de pie junto al balcón. ALBERTO, ANGEL y RAMÓN (cinco y seis mil reales anuos con descuento) escriben afanosamente en vetustas mesas colmadas de papeles.

ALBERTO. — D. Daniel, esta carta de D. Caralampio el senador no tiene indicación alguna. ¿Qué se le dice?

DANIEL. — ¿Qué quiere ese badulaque?

ALBERTO. — Que asciendan á su cuñado.

DANIEL. — ¡En eso estábamos pensando! Bueno: pues contéstele usted que se toma nota preferente, ya sabe usted...

ANGEL. — D. Daniel, el gobernador de Molina felicita al señor ministro, y no entiendo lo que ha puesto usted aquí.

DANIEL. — Ni yo tampoco. Ese gobernador, ¿se sabe quién es?

VÍCTOR. — Ese creo que fué con tu tío á Filipinas. Un tal Martínez.

DANIEL. — ¡Ah, sí!.. Pues gracias muy expresivas.

VÍCTOR. — Ese fué aquel que le dió un sablazo de cien duros á tu suegro en el Molar.

DANIEL. — ¡Conque es aquél! Angel, no conteste usted á ese. Al archivo.

RAMÓN. — ¿Y esta cartita firmada por Etelvina, pidiendo un destino de oficial segundo para su hermano, que dice: «Consúltese con el señor ministro.»

DANIEL. — Coge esa carta, Víctor, y luego cuando venga tío se la enseña y que disponga lo que quiera: regularmente llamará al jefe del personal para complacer á esa dama porque es muy su amiga.

VÍCTOR. — Entendido: la pondré aquí con estas comunicaciones confidenciales del embajador de Trípoli.

III

DICHOS y ANASTASIO, portero bastante zopenco con casaca galoneada.

ANASTASIO. — Señor secretario. Esta tarjeta me ha dado aquel caballero que parece igorrote, tan feo y tan posma. Hace una hora que le tengo de plantón dando paseos por el corredor. ¡Je, je! ¿Le dejo ya penetrar á lo tiro á la calle?

DANIEL. — ¡Ah, es el fantoche de Fuláne! Lo mejor que puede usted hacer es arrojarle sobre él y devorarlo.

VÍCTOR. — Me parece recordar que en la firma de ayer iba una carta para él.

RAMÓN. — Sí, señor; la escribí yo en términos generales.

VÍCTOR. — ¿Y qué le duele á ese?

DANIEL. — Quiere ser diputado por Villa-Cordilla, y anda mareando á tío para que quite al administrador de allí.

VÍCTOR. — ¿Qué me cuentas! ¿Conque al administrador?

DANIEL. — Sí, y yo por echármelo de encima soy capaz de hacerlo. Allí en mi despacho sobre la mesa está la nota.

ANASTASIO. — ¿Pasa ó no pasa ese?

DANIEL. — Ahora no estamos para músicas celestiales.

VÍCTOR. — Déjame este asunto de mi cuenta. Tengo en ello gran interés.

DANIEL. — Como quieras; pero á mí me parece que lo mejor sería escamarlo, porque no nos puede hacer ni bien ni mal.

VÍCTOR. — Yo lo arreglaré. Anastasio, con toda la finura de que usted sea capaz, le dice que ahora no le puede recibir el señor secretario, pero que vuelva luego, allá á las once, y que pregunte por mí. (Sale Anastasio.)

DANIEL. — ¿Qué te propones, chiquillo?

VÍCTOR. — Mira, son las ocho. D. José está en Consejo; podemos escaparnos á comer ahí al Buffet Italiano y hablaremos de este particular.

DANIEL. — Como quieras. Señores, á comer todo el mundo. Que se quede el que le toque, y mucho cuidado con el teléfono. Luego, que vengan dos á las nueve y media. (Dispersión general.)

Otra vez el café Oriental.

IV

CANUTO y FULÁNEZ tomando café puro (sin gotas para variar).

FULÁNEZ. — Usted no tenía idea exacta de la gran influencia de que disfruto en las altas esferas gubernamentales. Y lo mejor del caso es que lo mismo me acontece en Guerra que en Marina ó Gracia y Justicia. En todas partes me hacen el mismo caso. Más de seis obispos me deben la mitra, y en los asuntos de Melilla he influido yo más que el propio Muley Jafafa.

CANUTO. — ¡Canario! Sí que es maravilloso. Bien sabía mi padre lo que se hacía cuando me dijo: «Canuto, agárrate á los faldones de Fuláne, que él desampañará al administrador.»

FULÁNEZ. — Me hubiera alegrado de que hubiera usted estado anoche conmigo en el gabinete de S. E. Hubiese usted visto, el secretario particular en perso-

na y otro empleado joven, qué atentos, qué finos, excusándose de que el ministro no podía recibirme á causa de estar redactando un proyecto de ley muy importante, ¡y cuántas preguntas me hicieron de su papá de usted y del pueblo! Hasta me dieron un puro, y por último, el secretario me dijo: «Vaya usted tranquilo, querido. Mañana recibirá lo que desea. En cuanto firme el ministro, se lo mandaré á su casa con un ordenanza.»

CANUTO. — ¡Canario! Eso se llama tener influencia. Debíamos ponerle en seguida otro telegrama á mi padre.

FULÁNEZ. — Aguardemos á recibir el cese, para lo cual creo que debemos darnos una vueltecita por casa.

CANUTO. — Bueno; pero le advierto á usted que hoy nos vamos de juerga para celebrar el buen éxito de las gestiones. Comeremos en la fonda, luego nos iremos á Apolo á ver *El monaguillo* y todo lo que hagan, porque hay allí una tiple que me gusta la mar..., y luego nos venimos aquí otra vez, y ande el movimiento hasta la madrugada. ¡Canario!

FULÁNEZ. — Pero Canuto...

CANUTO. — No hay pero ni camueso. Para mi padre lo mismo son cien pesetas arriba que abajo: la alcaldía deja mucho, y usted se merece eso y más. Toma, chico, cobra.

FULÁNEZ. — Puesto que usted se empeña...

CANUTO. — ¡Canario! Pues no faltaba más. Vaya, vámonos á ver si ya han dejado eso en casa.

Acera de la Bola Verde en la Puerta del Sol.

V

CANUTO, FULÁNEZ y luego ANASTASIO.

FULÁNEZ. — Apresure usted el paso y le presentaré á unas buenas mozas.

CANUTO. — ¡Canario! ¿Dónde están?

FULÁNEZ. — Allí, junto á la librería de San Martín. Pero ¡calla, aquél es Anastasio, uno de los porteros del gabinete particular!.. Y lleva un pliego en la mano. Debe ser lo nuestro. Corramos.

CANUTO. — Todo en este asunto nos sale á pedir de boca.

FULÁNEZ. — Tales puntos andamos en ello. ¡Psh, eh, Anastasio!

ANASTASIO. — ¡Hola, Sr. Fuláne!.. A su casa iba con este pliego urgente que acaba de entregarme don Víctor.

CANUTO. — ¿D. Víctor?

FULÁNEZ. — Sí, aquel joven que estaba con el secretario particular anoche. A ver, á ver. Muchas gracias, Anastasio.

ANASTASIO. — Y nada más. (Aparte.) ¡Ni un mal puro, igorrote!

FULÁNEZ. — ¿Qué es esto?

CANUTO. — Lea usted, hombre, lea usted el volante primero, que es lo más corto.

FULÁNEZ. — (Leyendo.) «Estimado amigo Fuláne: Como prometí á usted anoche, ya está usted servido. Adjunta le envío copia literal de la real orden, disponiendo se forme inmediatamente expediente al alcalde de Villa-Cordilla por sus escandalosos chanchullos en los bienes de Propios, á fin de suspenderle y entregarle á los tribunales. Tengo una verdadera satisfacción en haberlo complacido y me repito de usted atento, etc. — *El secretario particular*. — Por orden, Víctor López y López.»

CANUTO. — ¡Maldición! ¡Si ese es el hijo del administrador!.. Nos hemos caído. Es usted un infeliz y le han tomado á usted el pelo como á un doctrino. ¡Vaya una influencia de cuerno!

FULÁNEZ. — Poco á poco con aventurar suposiciones. Esto es... un error que se deshará inmediatamente. ¡No faltaba más!

CANUTO. — ¡Sí, como no lo deshaga nadie más que usted!

FULÁNEZ. — Y si no se castiga severamente al culpable, ¡que tiemble el ministerio, que tiemblen las instituciones!

CANUTO. — Por mí que tiemblen todo lo que quieren; pero usted, entretanto despídase de la diputación y de la juerga de esta noche. Me está bien por haberme fiado de un saltimbanqui. No le doy á usted una puntera, no sé por qué... ¡Canario!

FULÁNEZ. — ¡Señor mío, es usted un deslenguado, insolente!

CANUTO. — Y usted un mentecato. ¡Vaya usted noramala, mirlo triste!

ANASTASIO. — ¡Ja, ja, ja! ¡Mirlo triste! Poquito que se reirán en la casa cuando lo cuente. Vuelve otra vez por el gabinete particular y no despropinas á los porteros...

A. DANVILA JALDERO



SEMBLANZA

GENIALIDADES DE UN GRAN NOVELISTA

Se llamaba Manuel Fernández y González. Era un gigante con debilidades de niño. Rugía como el león y lloraba como un recién nacido. Todo, comparado con él, era pequeño, diminutivo; sólo era grande su personalidad literaria. Al inolvidable Adelardo Ayala, á ese coloso de la escena española, que escribió *El tejado de vidrio*, *El tanto por ciento* y *Consuelo*, le llamaba *Ayalilla*; lo que hacía reír al inmortal autor de *El hombre de Estado*, que le quería mucho y le llamaba genio.

Dios sólo se había ocupado en hacer una cosa perfecta: á Manuel Fernández y González.

Cuando en derredor de la alegre mesa de un café ó en el saloncillo del teatro Español, para estimular su verbosidad le echábamos en cara algún anacronismo de sus novelas históricas, nos contestaba con gran calma:

— Debió ser como yo lo he escrito y no como lo escribe la historia.

Una tarde, en el café Suizo, Manuel del Palacio le preguntó:

— Oye, Manolo: ¿quién vale más, Homero ó tú?

Fernández y González contestó con gran aplomo:

— *Yo te diré.*

Este yo te diré no tiene precio; es un retrato de cuerpo entero; no se puede definir más gráficamente ni con menos letras al autor de *El cocinero de su majestad*.

Fernández y González era el hombre de las grandes frases. La última réplica era siempre la suya. La noche que se estrenó en el teatro de Novedades su hermoso drama *El Cid*, los dos primeros actos tuvieron un éxito colosal, el tercero *aflojó* un poco. Al decirle que la leyenda del Cid concluía para el teatro con la muerte del conde Lozano, y que ni Guillén de Castro ni Corneille habían podido dar interés á los amores incomprensibles de Jimena con Rodrigo, Fernández y González contestó:

— El acto que habéis visto es *interino*: yo escribiré otro que valga él solo más que los dos primeros y lograré lo que no lograron ni Guillén de Castro ni Corneille, porque yo *salto más que ellos*.

Un acto interino en una obra dramática no se le había ocurrido á nadie más que á Fernández y González. Excusamos decir que el autor murió sin levantarle la interinidad al tercer acto de su inspirado drama *El Cid*.

Un crítico de salón que se distinguía más por la pulcritud en el vestir que por el mérito literario de sus revistas teatrales, un Aristarco de frac y corbata blanca, criticó con dureza la inspirada comedia de Fernández y González *Aventuras imperiales*.

Manuel no soportaba la crítica tratándose de sus obras, no admitía más que las alabanzas; así es que la censura de aquel moderno discípulo de Bizancio le irritó. Una noche, en el cuarto de Manuel Catalina, se encontró frente á frente con su censor. Manuel era muy corto de vista, casi ciego: miró al crítico con

esa impertinencia del miope, casi tocándole con la nariz la cara, y de pronto, con una voz que parecía un cañonazo, dijo:

— ¡Átomo!!!

Y salió del cuarto, majestuoso y soberbio como un conquistador.

Aqué *átomo* produjo una carcajada universal, se hizo célebre, y... nada más.

Pocas noches después de la famosa de San Daniel, se hallaban en derredor de una mesa del café Suizo D. Nicolás María Rivero, Roberto Robert, dos ó tres redactores del periódico republicano *La Discusión* y Manuel Fernández y González.

Narváez estaba en el poder y reinaba esa política preventiva que mandaba á Filipinas ó á Fernando Poo, no solamente al que conspiraba, sino al que se temía que conspirase.

Se hablaba por lo tanto de política en voz muy baja. Todos temían que el vecino fuera un policíaco dispuesto á echarle la mano; pero Fernández y González ni sabía ni podía hablar en voz baja, iba por el mundo pensando á voces. D. Nicolás Rivero le advirtió que hablara más quedo, y sobre todo que no hablara de política porque él no era político.

— ¡Que no soy político!, añadió Fernández y González.

Y con una voz atronadora gritó agitando el sombrero en el aire:

— ¡Viva la república!

Manuel se quedó solo en el café. Nadie le dijo nada. Algunos días después, D. Nicolás Rivero se refa de aquel exabrupto que hubiera podido mandarles al Saladero, porque todos los que rodeaban la mesa eran republicanos de pura sangre y enemigos irreconciliables del gobierno de Narváez, todos menos Fernández y González que había dado el grito de viva la república.

Una tarde Manuel vino á mi casa. De una novela de la época de Felipe II, titulada *Padre y Rey*, había hecho un drama, empleando en este trabajo literario algunas horas. Me lo leyó y le dije con franqueza que si lo ponía en escena tendría un mal éxito, pues no era una obra dramática.

Convencer á Fernández y González de que se había equivocado era bastante difícil. Como un autor de su talla no tiene más censor que el público, la obra se aceptó á *regañadientes* y llegó la funesta noche de su estreno en el teatro Español.

Manuel quiso ver su drama, oculto en la sombra, desde un rincón de la galería, y lo que fué peor para mí, se empeñó en que yo le acompañara en el *via crucis* que le esperaba.

A la quinta escena el público comenzó á toser y á dar muestras de desagrado. La tempestad fué aumentando; la catástrofe se echaba encima á pasos de gigante: Manuel, con una voz estentórea que dominaba los murmullos de los espectadores, decía de vez en cuando:

— ¡Silencio! ¡El drama está por encima del público!

Yo no sé cómo no nos echaron de la galería. Creo que nos conocieron y nos tuvieron lástima. Aquello fué un tormento para mí y una lucha titánica para el autor.

El drama concluyó de un modo desastroso, ó por mejor decir no concluyó, porque cayó el telón antes de terminarse la obra.

Salimos de la galería, Manuel rugiendo como un león y yo afectado y nervioso por la derrota de un amigo tan querido, de un gran novelista, de un genio fecundo, de un poeta de los de primera fila.

Cuando llegamos á la puerta del saloncillo, empu-

jé la mampara y retrocedí. Estaba lleno de *gente del oficio*; escritores, periodistas, músicos, cómicos y aficionados á la vida íntima de bastidores. Se oía el murmullo que produce una mole de langosta cuando cae sobre un campo lozano y lleno de vida para devastarle. Estaban agradablemente entretenidos en *pinchar el cadáver*; es decir, al autor silbado.

— Entremos, dijo Manuel.

Yo me resistía; pero por fin entramos en el saloncillo.

Nuestra presencia produjo un silencio sepulcral. Aquel silencio era el respeto tributado á la víctima; era el silencio de las ranas cuando cae una piedra en el charco donde están cantando.

Hubo una pausa bastante embarazosa. De pronto Manuel, levantando la voz, dijo:

— ¡El caballo de buena raza tropieza y se levanta!..

Conste que todos ustedes son, un grano de arena ante el paso de Manuel Fernández y González: vámonos, Escrichillo.

Aquellas apreciaciones inmodestas de su personalidad literaria, sólo eran tolerables á un hombre de genio. Todo Madrid las saboreó al día siguiente: tuvieron un éxito que le indemnizó de la derrota que había sufrido en el teatro Español.

Aquella noche cenamos en el café Helvético. Manuel estaba como loco; comió mucho y bebió más. Salimos á las tres de la madrugada, llevando una botella de coñac debajo de la capa. Aunque era el mes de diciembre y el frío extremado, nos dirigimos hacia el paseo de la Castellana.

Manuel comenzó á grandes rasgos á hacer la semblanza de todos los escritores notables de la época. Las palabras brotaban como un torrente de su boca. Decía monstruosidades sublimes. De cuando en cuando cesaba de hablar para beber un trago de coñac. Gesticulaba como un poseído dando manotazos en el aire como si descargara cuchilladas sobre los escritores contemporáneos.

El lenguaje literario es pudoroso, y por lo tanto no es posible consignar en letras de molde todo lo que dijo aquella noche el célebre autor de *Martín Gil* y otras doscientas obras más que le dieron fama inmortal en la república de las letras.

Cuando ya no quedó un autor sin *despellejar*, cuando cansado y ronco terminó aquella *borrachera literaria* de la que no se habían salvado ni las más reputables eminencias, le dije:

— Te has olvidado dos escritores de fisonomía propia, y no creo justo que los dejes en paz en el fondo del tintero.

— ¿Quiénes son?, me preguntó.

— Tú y yo, le contesté.

— ¡Ah! Sí, nosotros dos somos los primeros novelistas del globo terráqueo.

Así terminó aquella célebre noche que no olvidaré mientras viva.

A pesar de estos rasgos de soberbia; todo el mundo quería á Manuel Fernández y González, reconociendo en él un genio de primer orden y un corazón de oro.

Manuel dictaba sus novelas á un taquígrafo. Su fecundidad era increíble, maravillosa. Su inspiración inagotable. Yo le he visto escribir en diez y ocho días su novela *Lucrecia Borgia*, dos tomos abultados en cuarto; cuatro mil cuartillas de original; casi no hay tiempo para leerlo.

Con un bastón en la mano, paseando por su despacho y dando palos á los muebles, aquello no era dictar, era representar dándole el colorido y la entonación que los actores dan á los papeles que representan sobre la escena. El pobre taquígrafo sudaba la gota gorda por seguir aquella verbosidad abrumado-

ra, pasmosa, aquel desbordamiento de palabras que no le daban tiempo ni para mojar la pluma.

Manuel no corregía nada. Hoy, al leer sus obras, no se concibe que sean improvisaciones sin la menor limadura, sin el más pequeño pulimento de la corrección. Lo que dictaba hoy, se imprimía al día siguiente, sin darle lugar á los *arrepentimientos* de la meditación.

Todo en Manuel Fernández y González era en efecto grande. En el tiempo que otro autor tardaba en escribir y corregir un capítulo, Manuel dictaba un tomo. Su intuición en la novela era de un orden superior.

Reprendiéndole á veces de que escribía mucho y *abarataba el género*, decía:

— Yo necesito cuarenta duros diarios para vivir y para que vivan los parásitos que me rodean. Si me pagan á doce duros la entrega escribo cuatro al día, si me pagan á seis escribo ocho, si me pagan á tres diez y seis: me es igual.

Y en efecto, durante la larga temporada que fué el novelista de moda, ganó cuarenta y ocho duros diarios, que se gastaba alegremente hasta el último céntimo sin que ni en sueños pasara por su imaginación la idea de economizar hoy para vivir mañana.

Manuel vivió siempre al día. Cuando le reprendíamos cariñosamente por sus despilfarros y desordenada vida, cuando se le hablaba del porvenir, de la vejez y de la muerte, contestaba:

— Eso de pagar el entierro es de gente vulgar, no reza conmigo. A los genios cuando se mueren los entierra la patria agradecida, y á mí me enterrarán como merezco por ser yo quien soy.

Nunca se ha visto una naturaleza más fuerte, más vigorosa, más privilegiada que la de Manuel Fernández y González. Su método de vida era imposible, y sin embargo nunca estuvo malo. Se pasaba las noches junto á la mesa de un café hablando en voz alta y bebiendo coñac, y jamás se notaba el cansancio de sus pulmones de acero.

Aconsejándole pocos días antes de morir que se cuidara, me contestó con un acento de profunda tristeza, como si viera á la muerte cernerse en derredor suyo:

— Escrichillo, *ya es tarde*.

De pronto le vimos decaer; su carácter cambió de un modo notable: hablaba menos y una profunda melancolía le devoraba.

Los editores no le pedían obras; la pobreza invadió su modesto albergue. De vez en cuando, como si mantuviera un diálogo consigo mismo, murmuraba en voz baja.

— *Es cuestión de arrancarse el cráneo; la prensa me ha olvidado; el público no lee mis obras; todos son novelistas menos yo. ¡Qué injusticia tan grande!*

¡Pobre Manuel! ¡Qué profunda tristeza se iba poco á poco apoderando de su alma! ¡Qué sombríos pensamientos batallaban dentro de aquel cráneo que él quería arrancarse, al ver el vacío en derredor suyo!

Su privilegiada salud iba resintiéndose. En su rostro se advertían las huellas que imprimen los sufrimientos morales.

Sí, el público, los editores y los críticos fueron injustos en sus últimos años con Manuel Fernández y González, con ese gran novelista, con ese Walter Scott español que dejó en pos de sí trescientas obras improvisadas que se admirarán siempre, y cuya fecundidad y lozanía no ha de olvidar la historia de la literatura del siglo XIX.

Manuel murió en la mayor pobreza, ó por mejor decir, en la más desconsoladora miseria. Su capital se reducía á algunos céntimos. Su mobiliario á un catre de tijera, una mesa y dos sillas de Vitoria. Su guardarropa á un carrick de paño gris y el traje que llevaba puesto.

El Ateneo reclamó el cadáver del autor de *El Cid* para honrar su memoria, y la desconsolada viuda se lo entregó con los ojos arrasados en lágrimas y la gratitud en el corazón.

Se le hizo un gran entierro, tan grande, tan solemne como lo merecía la alta talla literaria de Fernández y González.

¡Llor eterno á esa juventud llena de generosidad y de entusiasmo del Ateneo que libró á Madrid de la vergüenza de ver enterrar de limosna en la fosa común á un hijo ilustre de las letras españolas!

Si al llegar á la Cuesta de la Vega el coche fúnebre que conducía el cadáver de Fernández y González, éste hubiera podido levantarse y ver aquel grandioso espectáculo, aquel tributo de admiración y respeto rendido á su genio, su satisfacción, su regocijo hubieran sido inmensos, sus aspiraciones de gloria hubieran quedado satisfechas, y con esa voz sin eco ni ruido con que indudablemente hablan los muertos se hubiera dicho: *ya lo sabía yo*.

Todo Madrid seguía la carroza fúnebre, cubierta

por una montaña de coronas. Todo Madrid comentaba las grandes frases del finado, su fecundidad pasmosa, su genio privilegiado, su pobreza, sus amarguras. Había llegado para él la triste hora de las alabanzas. Entre el féretro y la multitud se abría ese abismo sin fondo que separa la muerte de la vida.

Manuel había entrado por la puerta de oro en el templo de la inmortalidad, privilegio del genio al que muchos aspiran y muy pocos llegan, porque la muerte es la verdad niveladora en el mundo del arte.

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH

LA MODELO



Narciso Oller

Cuando aún la patria tenía una esperanza menos y nosotros un buen compañero más, ¡cuando aún no había muerto!, yo acostumbraba á pasar muchos ratos á su lado.

Me gustaba escuchar al amigo, oír de su boca los animados recuerdos de sus viajes, los fogosos elogios de los cuadros que más le habían impresionado y las picantes saetas que escupía contra la crítica de molde hecho ó de mala fe más

ó menos embózada; me gustaba hacer viajar, como él, los ojos, del modelo á la paleta, donde el pincel revoloteaba y chupaba como mariposa ansiosa entre flores, para posarse enamorada en la tela y dejar en ella, no sólo el colorado polvillo de sus alas, sino también la sedosa huella de la luz recogida en su camino; me gustaba ver cómo la misteriosa maña del pintor me descubría en la tela los tonos y matices del natural, que hasta entonces mis ojos no habían sabido encontrar; me gustaba, en fin, aquella atmósfera de taller, donde la luz descendía de altos ventanales, pura y blanca como concebimos la del primer día, para dar un tono esplendente á los ojos del modelo, iluminar alegre las creaciones á medio nacer de mi amigo y besar con ternura las enmohecidas armas, las rotas tapicerías, los cuadros polvorientos, las arcas, vestuarios y *bibelots* de otras centurias, que la piadosa mano del buen gusto había desenterrado de los escombros.

A veces encontraba el taller cerrado, y entonces ni siquiera llamaba: mi amigo trabajaba en algún estudio de desnudo, y no estaba bien que por mi egoísmo hiciera perder la *epos* á la modelo y promoviera una corrida hacia el biombo para ocultar sus carnes. Mordíame el labio, doliéndome de los pasos perdidos, y me dirigía á otra parte. Pero como, después de una contrariedad así, solía pincharme el deseo de volver pronto, no sé si por nostalgia ó curiosidad, mi visita inmediata no se hacía esperar mucho. Así sucedió en la ocasión que me ha puesto la pluma en la mano. Había encontrado la puerta herméticamente cerrada una mañana, y á los tres días, por la tarde, volví al taller, creyendo encontrarlo abierto, como debía estarlo, porque los modelos de mi amigo acostumbraban á ir siempre á la misma hora de la primera sesión. Efectivamente, no me equivoqué: la puerta cedió y el corazón me latió de complacencia, sin sospechar que el pintor podía haber salido.

Dos de sus discípulos (amorosamente entretenidos, copiando á un viejecito de arrugada piel, cubierta la cabeza con un calañés de copa muy cónica y color de ala de mosca, que á la luz del taller cobraba un tono de raso maravilloso), sin levantar apenas la cabeza, me dijeron que el pintor hacía ya dos horas que había salido y que no podía tardar..., que le esperara.

Dejando el sombrero y el bastón sobre una arquimesa, empecé á revolver objetos con la libertad que la amistad me permitía, cuando de pronto, al volver una tela, hubo de sorprenderme una cabeza hermosísima de andaluza con claveles en el moño, con el *ochavo* de raso en las sienas, intención picaresca en los ojos y una gracia tal en la expresión de los labios, en lo arremangado de la nariz, en los hoyuelos de las mejillas y barba, que era una belleza soñada.

Contemplándola estaba todavía, cuando se presentó mi amigo.

Su voz, más ronca que de ordinario, me advirtió su presencia cuando ya había dejado su sombrero de copa sobre la arquimesa.

— Basta por hoy; pueden ustedes retirarse, decía á sus discípulos, mientras se quitaba los guantes con aire triste y meditabundo.

Los discípulos lavaron la paleta, el viejo dejó el calañés sobre la silla, y pronunciando un «que lo pasen ustedes bien» desaparecieron pronto modelo y discípulos. Mi amigo parecía no haber reparado en mí, moviéndose por allí con rara inquietud, apartando taburetes y sillón, plegando caballetes, volviendo de una manotada las telas de sus discípulos sin fijarse en si el color estaba seco ó no. Por fin se dejó caer en una silla azul, y al levantar la cara deslizando la abierta mano por entre la sedosa cabellera, tropezó con mis ojos que contemplaban sonrientes la cabeza de la andaluza, saliendo del fondo ceniciento de una tela sin pintar, á mi lado.

La mirada de mi amigo bajó rápidamente hasta topar con aquella cabeza, en la que se clavó un momento con melancolía.

— Hazme el favor de volver esa tela, me dijo por todo saludo.

Y enseguida hundió otra vez su cara entre sus dos manos.

— ¿Qué te pasa?, le pregunté obedeciéndole. Vienes muy cabizbajo. Yo, que te esperaba para felicitarte por esta cabeza, que es lo mejor que has hecho en tu vida...

— ¡Ojalá no la hubiera empezado!

Y se levantó, vino á buscarla en dos zancadas, y cogiéndola, la tiró de punta al suelo, rompiendo con el golpe su bastidor en tres pedazos.

¿Qué haces? ¡No seas loco, hombre!..., grité yo, lleno de ansiedad, apoderándome de la obra medio estropeada.

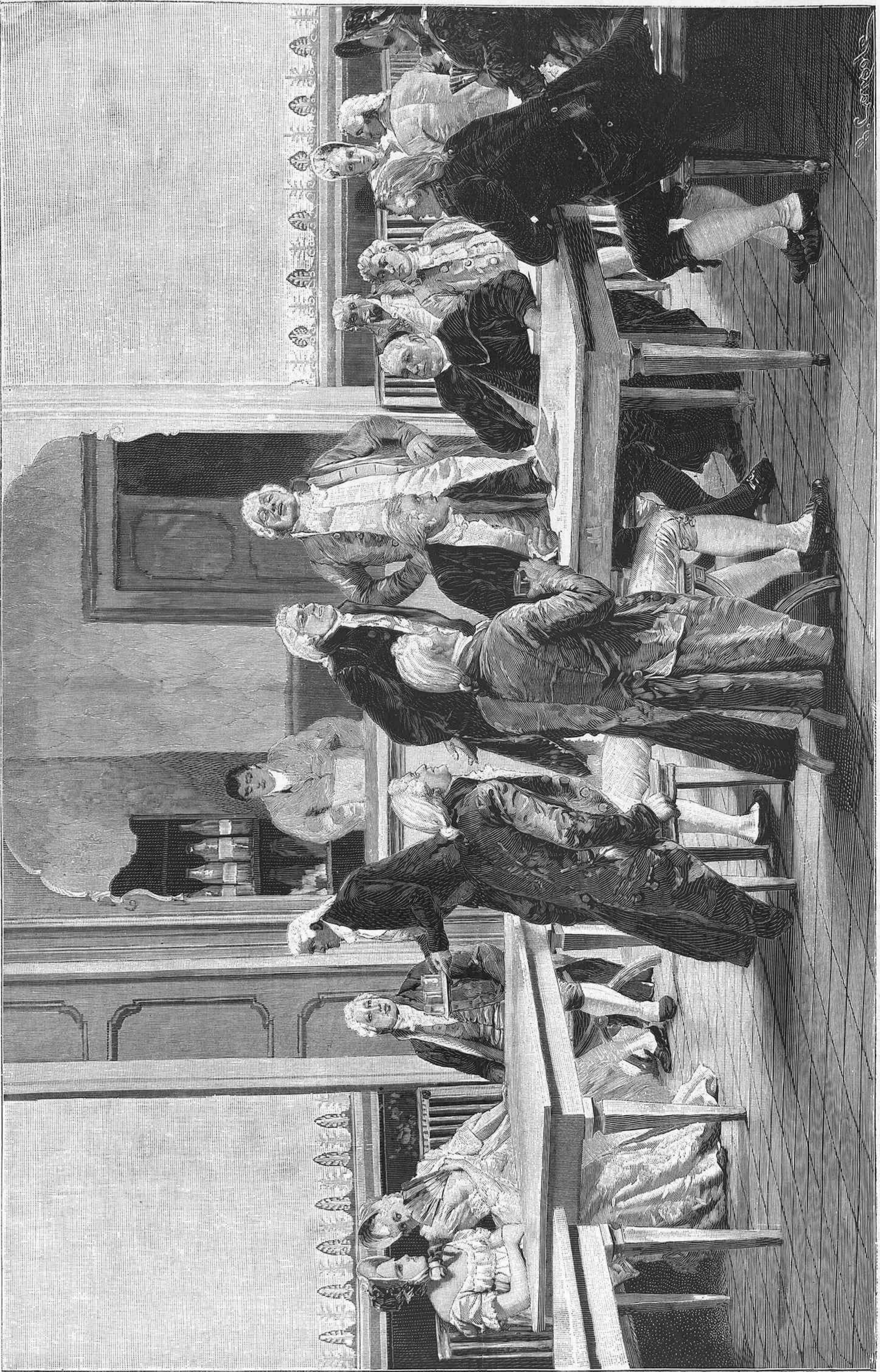
— ¡Déjala, déjala! ¡Ponla de modo que no la vea, por Dios!

Y mientras él se volvía á su silla, procure ocultar el cuadro detrás de un armario del Renacimiento, oculto entre la sombra, dentro del cuarto de vestir que el biombo formaba. Después, lleno de angustia por la causa de aquellos extremos, me arrimé respetuosamente á mi amigo, y sintiéndole llorar, llorar de veras, procuré mantenerme callado para no importunar su sentimiento. La curiosidad, el ansia me afligían; pero al mismo tiempo, aquel dolor me infundía respeto, y á buen seguro que una vez desahogado el corazón, mi amigo hablaría.

Así fué. Enjugadas las lágrimas, la cabeza apoyada sobre la mano derecha, sus ojos desviados de los míos y con vergonzosa voz, me dijo:

— Chico, no extrañes nada de lo que hago. Me ha sucedido una cosa muy seria, tan seria, que estoy resuelto á no pintar más. Hací cuatro días, paseando por la carretera de Monjuich, encontré dos gitanas andaluzas que bajarían probablemente de échar la buenaventura á los soldados del castillo. Una de ellas era vieja, la otra jovencita, ambas tipos perfectos de su raza. La jovencita, sobre todo, era andaluza por el garbo, por la lengua, por el modo de vestir... Aquella saya corta, con volantes, que no se sostiene á plomo y que el movimiento de las caderas hace oscilar como un péndulo; aquel gran mantón de cuadros llamativos, que cae y se sostiene pegado al contorno del cuerpo, jugando con el pañuelo de la cabeza que deja al aire todo el cabello y que yace aplastado alrededor del cuello, por donde va dando saltitos la doble gargantilla coralina...; aquellos pendientes, aquellos alfileres del moño, llenos de pedrería falsa; aquel cabelló negro, que parece empapado en aceite virgen; aquellas pestañas largas, verdadero velo que la caritativa naturaleza le ha puesto delante de los ojos para que no quemen al mirar; aquel..., en fin, el tipo de la huri, de la bayadera, de la sirena, y ¿por qué no decirlo?..., el tipo de la andaluza que la pintura ha perseguido hasta hoy. Para mi cuadro, de que tanto te he hablado, *La cañita de Jerez*, no podía darse un modelo mejor. Así que, en cuanto me pararon y me cogieron la mano por la punta de los dedos, preparándose á echarme la buenaventura, en seguida las interrumpí hablándolas formalmente de venir al taller á ganarse una peseta por hora. Como picadas de una tarántula, salieron entonces con una pata de gallo de las suyas, que probaba la desconfianza que tenían de mis honradas intenciones. Se lo propuse y expliqué con calma y tranquilizadas, quedamos citados para el día siguiente.

Efectivamente, á la hora convenida se presentó la chica, pero no acompañada de su madre, sino de un gitano de diez y ocho años, que yo tomé por hermano de ella. El mismo color de nogal viejo, los cabellos de seda negros arrollados encima de la oreja en forma de lengua que lamía las sienas, ojos de azabache, labios carnosos y encendidos como brasas, una cara toda pasión y unos movimientos rápidos y elásticos como los del gato. Al verle, mi imaginación añadió una figura al cuadro. No obstante, yo había de empezar por la hermana, principal personaje de la composición, en el cual habían de fijar sus miradas las demás figuras.



EL PRIMER CAFÉ DE ROMA (SIGLO XVIII), cuadro de José Sciuti

Hice subir á la gitana sobre la tarima; su hermano se sentó en esta arquimesa, las piernas colgando y bajo sus pies un perrito de aguas, rapado de medio cuerpo arriba, hasta vérsese la piel color de rosa, y después de indicar de palabra á la chica, desde aquí, cómo debía colocarse, subí á la tarima para ponerle bien la cabeza, que cogí con dos dedos por las sienes y la barba.

De repente sentí que me tocaban la espalda. Vuelvo la cabeza y me tropiezo con la frente del gitano, los ojos encendidos...

mente mañana y tarde; pero no hice caso, acostumbrado como estoy á eclipses de esta especie. Yo estaba enamorado de aquella cabeza, sentía la fiebre del trabajo, y naturalmente, no era muy de mi gusto descansar por fuerza. Pero ¿qué hacer? ¡Ya volverá mañana ó pasado si quiere!, pensaba. Y así procuraba consolarme á mí mismo, viendo trabajar á mis discípulos, cuando el día siguiente cojo este periódico y me encuentro con esta gacetilla.

Mi amigo me entregó el periódico y me señaló con el dedo una gacetilla que decía haberse encontra-

do algo útil por la pobre víctima, á quien hubieran enterrado como un perro, sin caja ni acompañamiento; no descansé hasta lograr que me la enterraran decentemente, pagué el ataúd, comencé á circular por casualidad la noticia entre mis compañeros, y esta tarde la hemos acompañado hasta el cementerio unos treinta pintores y escultores, después de adornarle la caja con guirnaldas de flores, una palma y una corona de siemprevivas. Para mis compañeros esta ha sido una de aquellas fiestas que se permite el corazón cuando está satisfecho de su caridad; para mí, un ver-



Me puse de nuevo delante del caballete..., dibujo de J. Cabrinety

— ¡No la toque usted! Dígame usted cómo se ha de poner y ella se arreglará, dijo en andaluz cerrado y con tono enérgico.

Mi primera impresión fué de sorpresa indefinible; después pensé que aquél no era hermano, sino amante celoso, y medio compadeciéndole y medio riéndome de su candidez, me puse de nuevo delante del caballete para buscar con el carbón el contorno de la cabeza. Desde aquí mismo le iba yo diciendo: «vuélvase un poco hacia la izquierda,» «levante un poco más la barba,» «no tanto,» «una miaja más,» «así, no se mueva.»

El gitano seguía sentado en la arquimesa, moviendo las piernas, tirándose de los rizos, escupiendo por el cormillo y clavando la celosa mirada en mi trabajo, que había de parecerle detestable. El perrito, con sus ojos de albino, miraba á su amo; se lamía el hocico con su lengua de á palmo, aplanada y sonrosada; se levantaba, daba una vuelta sobre el mismo azulejo, haciendo oscilar el plumero con que remataba su pelada cola, y ¡paf! se echaba otra vez en el mismo sitio. Repitió tantas veces esta misma manobra, que en ocasiones se me iba el santo al cielo, porque con el rabo del ojo, y con harta frecuencia, veía moverse á mi derecha aquella mancha blanca y revolotear á dos palmos del suelo el plumero con que terminaba su cuerpo. Un poco distraído por el animalito y preocupado un mucho por el dibujo, viendo que la modelo se me movía, salté de nuevo á la tarima para poner bien la cabeza de la gitana. Y otra vez ¡pam!, golpe á mi espalda y la subsiguiente observación del nuevo Otello.

Con interrupciones de esta especie, que cada vez eran más bruscas y enérgicas, hice en dos sesiones lo que has visto, aunque trabajando con mucho encogimiento por aquellos inexplicables celos.

Al tercer día la modelo no pareció; la esperé inútil-

en la montaña de Monjuich, cosido á puñaladas, el cuerpo de una gitana de unos diez y ocho años, sin que los tribunales hubiesen podido identificar el cadáver, ni la policía seguir el rastro del criminal.

Cuando hube leído, el pintor continuó, amarillento, como si la situación empezara de nuevo:

— El corazón me dió un vuelco y en seguida se me ocurrió la idea de que la desconocida víctima sería mi modelo. Fuíme sin vacilar, corriendo, al depósito del Hospital, la *Morgue* de Barcelona, donde tal vez estaría expuesto el cadáver. ¡La misma, chico, la misma! Lo que entonces pasó por mí no puedo decirlo; un sudor frío bañó todo mi cuerpo; debía de estar blanco como un lirio; perdí por un momento el sentido y hube de arrojarme á la pared para no caer. ¡Yo, yo parecía el asesino! No pocas horas hubieron de transcurrir y no pocas reflexiones tuve que hacerme para tranquilizarme hasta el punto en que me ves; esto es, para convencerme sólo de que, ya que la ley no puede perseguirme como coautor ni como cómplice, he de reconocer que no he influido gran cosa en el hecho. De todas maneras, poco ó mucho he influido; yo, aunque sin querer, he encendido los celos que han puesto el puñal en manos del gitano. Porque no lo dudes: es él quien la ha muerto, y la ha muerto nada más que por celos, sospechando tal vez que yo deseaba aquel retrato porque estaba enamorado de ella, diciendo entre sí: «Pues bien: te la mataré y no podrás terminarlo.»

— ¡Calla, hombre, calla! No digas disparates, no has sido nada de eso. Acaba: ¿qué has hecho luego? ¿De dónde venías ahora, enlutado y tan fuera de ti que hasta has roto la tela del cuadro?

El amigo se pasó la mano por la frente como si quisiera torcer el camino al chorro de sus exclamaciones, y reanudando el hilo de su relación continuó:

— Pues verás: una vez más tranquilo, pensé en ha-

dadero tormento, una aficción como la del que preside el entierro de un pariente cercano; parecía que acompañaba á alguna persona muy querida de mi familia, y es que, á más de la víctima, enterraba mis aficiones de pintor.

Y al decir esto, dos lágrimas resbalaron por las mejillas de mi amigo; pero, á Dios gracias, para bien del arte y de su nombre, si no volvió á tocar aquel cuadro, volvió á pintar y pintó hasta su muerte.

¿Y qué había de hacer? Recordándole un día aquellos propósitos, me respondió riendo:

— ¿Acaso son más firmes los propósitos de los viudos? ¡Oh dolor, dolor, cuántas poesías haces!

NARCISO OLLER

CRÓNICA DE ARTE

El Círculo de Bellas Artes ha entrado en un período de vida completamente nuevo y al parecer pujante. Cuando todos deploraban que la sociedad viniese á tierra ante el número de dificultades enormes que se habían ido amontonando poco á poco, he aquí que de la noche á la mañana el Círculo aparece instalado en un palacio de la calle del Barquillo, cuyos salones se están decorando con pinturas que ejecutan los socios de nombres tan conocidos como Sorolla, Plá, Campuzano, Espina, etc., y con obras escultóricas que realizan también escultores no menos conocidos que aquéllos.

En el nuevo domicilio habrá clases de pintura al aire libre en el magnífico jardín del mismo palacio, sala de exposiciones, clases nocturnas, salas de billar, de esgrima, gimnasia, *restaurant*; en fin, cuantas comodidades y distracciones puedan apetecer — como dicen los dueños de hoteles — los huéspedes, aquí los socios. Estos son hoy (según me dicen) más de ocho-

cientos, y esperan los entusiastas de la sociedad que lleguen á mil. Si eso es así, el Círculo puede dar por asegurada su existencia.

* *

Están ya emplazadas todas las estatuas que componen la decorativa de la nueva Biblioteca. Ayer quedaron ocupando sus respectivos lugares las que faltaban, *Berruguete*, *Alfonso el Sabio* y *San Isidoro*, obras, como ya saben los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, del Sr. Alcoverro. Son estas estatuas, especialmente la primera y la última de las citadas, las únicas esculturas verdaderamente monumentales que en Madrid existen, de positivo mérito. La figura del metropolitano de Sevilla tiene, sobre la severidad y grandeza del conjunto y de la noble simplicidad de su ejecución, un gran espíritu, ese algo inexplicable que pertenece exclusivamente á la inspiración, á un cuarto de hora cerebral, que tan sólo llega á experimentarlo el artista cuando se halla saturado de conocimiento «ideal» del personaje ó de la época, cuando cerrando los ojos ve destacarse allá en la obscura cámara del cerebro la silueta que la lectura de los hechos y de las obras del hombre célebre han ido trazando.

Simplicísima y grandiosa la del *Rey Sabio*, la cabeza, sin embargo, me parece ahora, como me ha parecido siempre, mezquina; no así la de *Berruguete*, que tiene mucho de la de Miguel Angel y de la manera de este gran artista.

La estatua de *Lope de Vega* es un modelo de ejecución, y el tipo, la parte fisonómica, está muy bien adivinada; pero me parece mucho más decorativa, por lo mismo que está tratada con más sencillez, así en el «andamento» general como en la traza, la del célebre latino *Nebrija*. Es esta estatua digna de encomio grande por lo ya apuntado y por lo característico del tipo y de la indumentaria. Los artistas catalanes, autores de las estatuas del Fénix de nuestros ingenios y del gran gramático, Sres. Fuxá y Nogués, son, con el Sr. Alcoverro, los que mejor han quedado en esta obra de decoración, donde tantos escultores tomaron parte. De las demás estatuas realmente poco bueno hay que decir.

* *

Una de las cuestiones que amenaza tener gran resonancia es la del concurso para proveer la vacante de la cátedra de dibujo de figura y de adorno de la Central de Artes y Oficios, que vino ocupando mi fallecido amigo y maestro Germán Hernández. La batalla es tan reñida, que según mis informes — y los tengo como buenos — el consejero de Instrucción pública ponente hubo de retirar la ponencia, porque la sección no se mostraba conforme con ella.

El litigio está entre los ayudantes de la Escuela Central, los catedráticos numerarios de provincias y varios artistas premiados con medallas de oro. Cada una de estas colectividades hace fuerza de vela, y así van pasando los meses sin que la vacante se provea.

Este asunto es asunto que muy pronto ocupará á la prensa, pues resulta imposible la vida de ese establecimiento tal como hoy está organizado. Empezando por el reglamento y concluyendo por el personal, todo allí ha menester una reorganización enérgica, que no respete derechos adquiridos á la sombra de reales órdenes que hacen complicadísima la legislación particular de la Escuela, y que la han convertido en una sucursal de San Bernardino, en una especie de casa asilo. Es verdaderamente escandaloso lo que sucede. Ahí entran por la puerta falsa ayudantes y más ayudantes, sin que recen con ellos los turnos de oposición ni los de concurso. Pasan los años, y esos señores tienen, además del sueldo de que disfrutaban, antigüedad para ascender. Otros han entrado porque pudieron obtener una medallita de tercera clase; pero se presenta á disputarles en concurso (porque en oposición eso no se estila) una plaza de catedrático un artista con medallas de oro, y ¡oh, gran Dios!, chillan como energúmenos, llenándose la boca con lo de los años de servicios. Pero, señor, ¡si también tiene años de servicios un peón de albañill!.

Por lo demás, á mí me parece muy bien que los ayudantes de verdad, los que por oposición (que no llegan á cinco) ó por concurso han obtenido sus plazas, puedan pasar á ser catedráticos, pero catedráticos de entrada, en provincias, no plantarse de un salto de ayudantes en catedráticos de término, como pueden considerarse los de Madrid. ¡Que les ampara el Reglamento!.. Pues Reglamento tan disparatado se reforma con arreglo á la ley general de Instrucción. ¿Los derechos adquiridos? ¡Qué más derechos que los que se les conceden á todos los ayudantes de todos los demás establecimientos de enseñanza de España!

¿O por ventura son de carne y hueso distintos los ayudantes de la Escuela de Artes y Oficios que los demás ayudantes?

* *

Me parece que la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando pierde el pleito. Sí, señores; la fuente de *Cibeles* se ha desarmado sin que, hasta ahora, hayan sufrido la más pequeña luxación, así la esposa de Saturno como los leones que tiran del triunfal carro en que colocó el famoso arquitecto de Carlos III á la diosa. En fin, todavía falta la segunda parte; esto es, volver á armar tal *armatoste*.

A todas estas, mis buenos amigos los escultores Trilles y Parera, «padres» de los mellizos que al cabo de un siglo acaba de dar á luz la madre de los Titanes, trabajan activamente en presentarlos lo más parecidos posible á la mamá; entiéndase que con muy buena voluntad y gran acierto, los citados escultores han procurado dar á los geniecillos el carácter escultórico abarrocado que domina en la fuente de *Cibeles*. ¡Dios quiera que el ayuntamiento no se llame Andana cuando se trate de pagar las quince mil pesetas de la obra! Porque si les sucede á Parera y Trilles lo que á los autores de las estatuas del Prado, que todavía no saben cuándo cobrarán, y van transcurridos dos años y medio, se han lucido.

Y como formalitos, sí, son muy formales, y sobre todo muy artistas nuestros ediles, con el señor alcalde conde de Romanones á la cabeza; y si no, que lo diga Querol, á propósito del proyecto de la farola monumental para la Puerta del Sol. De esto he de ocuparme en otra *crónica*, porque hoy todavía no está la *cosa cronicable*.

* *

¿Se acuerdan ustedes de un concurso abierto por la Academia de Bellas Artes, con objeto de premiar el mejor cartón que en el término de un año se presentase en dicha Academia y que debía representar *La cultura de España*? Sí, seguramente que ustedes lo recordarán, puesto que en estas mismas columnas me ocupé del tal concurso; pues bueno, ya tenemos aquí los cartones, y éstos son cuatro.

Lo que era de esperar se advierte en estos trabajos. Falta absoluta de dominio del asunto en primer término, de originalidad en segundo, de verdad histórica en tercero, de conocimiento de composición y distribución de grandes masas y grupos en cuarto, de brío en quinto.

No hay que culpar de todo esto á los artistas que han concurrido al certamen y que ignoro quiénes sean. Ya lo advertí hace un año. Es materialmente imposible que en una pintura mural, á no ser kilométrica, puedan agruparse aquellas figuras que más principalmente contribuyeron á la cultura española. Contemos: filósofos, historiadores, hombres de Estado, guerreros, hombres de ciencia, literatos, poetas, pintores, escultores, arquitectos, músicos, teólogos y otra porción de gentes célebres en distintos ramos del saber humano, que ahora se me van de la memoria. Y cualquiera de las grandes figuras que en cualquiera de esos conocimientos se omite, significa tanto como omitir un astro y descoyuntar un todo armónico que forman la historia y el saber patrios en lo alto del lugar donde reside lo eterno. Porque no vale, por ejemplo, hacer que figure en el grupo de los filósofos Luis Vives, olvidando á Raimundo Lulio. Ambos son figuras colosales en el campo de la filosofía, y el primero es el iniciador de una escuela que más tarde se llamó la Cartesiana (con sus naturales puntos de vista), y el segundo fué un reformador é iniciador de la resurrección de otra escuela que tuvo influencia también muy grande en el mundo de las ideas. Como no vale tampoco suponer que con Velázquez y Goya está sintetizada nuestra pintura, olvidando á Juanes y á Morales. Como, en fin, tampoco se representa la ciencia médica poniendo á Valles y dejando en el tintero á Francisco Sánchez. Y así por todas las demás ramas de la cultura.

Y de estas omisiones adolecen en grado superlativo los cartones presentados en este concurso.

Dejando á un lado los recuerdos que el mejor de los citados cartones ofrece en la composición de la tan conocida pintura de Kaulbach *La Reforma*, las agrupaciones de los personajes son tan sistemáticas que no pueden serlo más. Aparecen en el boceto á que me refiero clasificados por ciencias y artes, como las drogas en una farmacia, hombres de ciencia, artistas, guerreros, etc., etc., conversando en amigable intimidad, aun cuando hayan existido con quinientos años de diferencia cada uno. El concepto de la Historia no tiene aquí cabida. Precisamente yo entiendo que si este género de pinturas ha de valer algo,

desde el punto de vista de la enseñanza de las multitudes, el respeto á la marcha cronológica de las ideas y de las evoluciones de la cultura humana es imprescindible; de otro modo, el abigarrado conjunto que forman las distintas indumentarias (y aun tipos) de esa falange de hombres célebres viene á ser un caos incomprensible hasta para las mismas gentes doctas, además de ser, dentro del mismo convencionalismo, un verdadero disparate.

Faltan, pues, en este cartón representaciones importantes, no tan sólo de personajes de inmenso valer, sino de ramas de la cultura. Fáltanle también al artista que lo ha pintado conocimientos importantes de la indumentaria, pero sobre todo condiciones plásticas y condiciones imaginativas. El lugar donde está colocada la composición es una equivocación lamentable de criterio. Respecto de paleta y de dibujo... es desconsoladora la anemia con que está dibujada y colorida aquella multitud.

* *

Dentro de pocos días se abrirá el concurso propuesto por la comisión de que forma parte el que estas líneas escribe, para pintar un telón decorativo con destino al teatro Real. Las condiciones de este concurso están examinándose al presente, aun cuando las principales sean las que ha propuesto la Academia de San Fernando; pero como quiera que aquel cuerpo consultivo deja algunos puntos importantes por resolver, una ponencia compuesta del director del Museo nacional de Pintura, del director de la Escuela superior de Bellas Artes y del firmante de esta *crónica* propondrá las bases completas del citado concurso.

También examinará la misma comisión (que preside el director general de Instrucción pública), tan pronto como evacue este primer concurso, las bases de otro para decorar el *foyer* del mismo teatro. Probablemente este segundo concurso será, además de arquitectónico, escultórico y pictórico.

* *

Y termino esta *crónica* con la impresión de que la próxima Exposición general de Bellas Artes será un certamen poco numeroso. Respecto de cuadros y esculturas importantes no tengo noticia. Si asiste alguna firma de las de primera línea será con retratos ó con cuadros de poca monta, no para tomar parte en la lucha.

Pudiera ser también que por lo mismo se realizase lo que afirma aquel antiguo refrán castellano, que dice que «donde menos se piensa salta una liebre.»

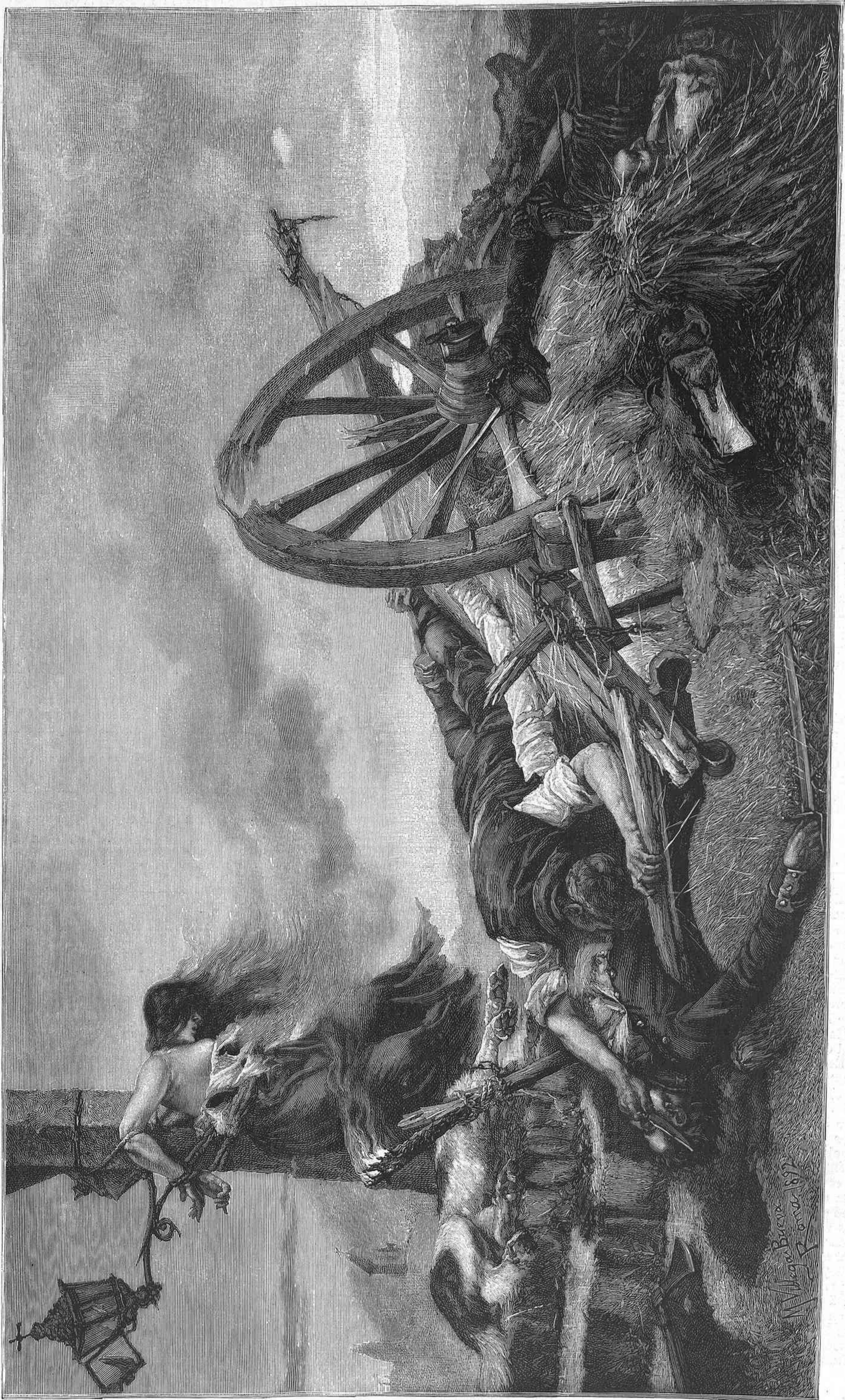
De todo corazón digo que me alegraría. Así como así, hace falta que salte alguna, porque si no...

R. BALSÁ DE LA VEGA



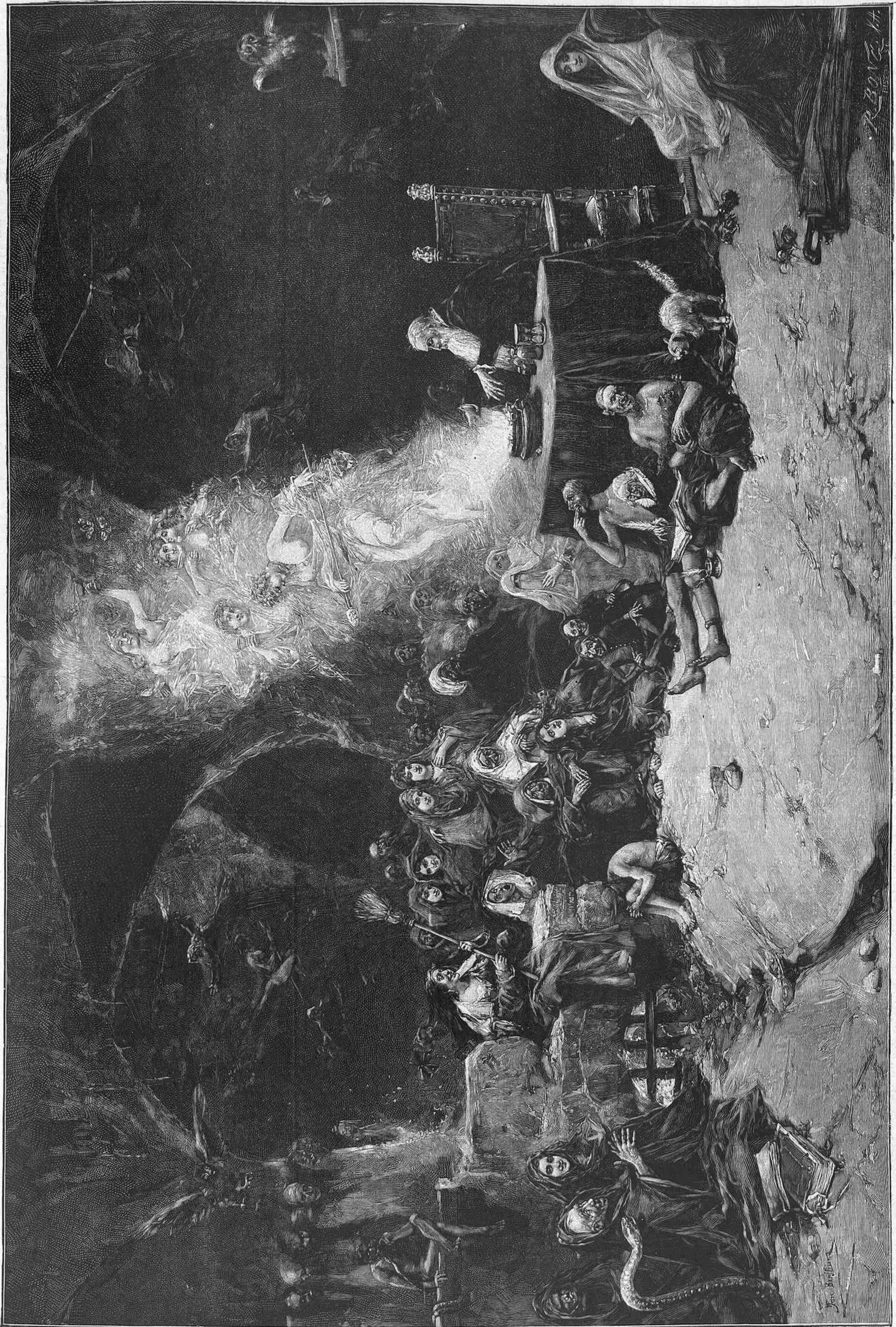
El primer café de Roma, cuadro de José Sciuti. — El autor de este cuadro es uno de los que con mejor talento cultivan en Italia la pintura histórica, género en el cual ha producido obras como *La victoria de Imera*, *Las madres de la patria*, *Los prisioneros de Castelnuovo después de la capitulación*, *Un episodio del saqueo de Catania* y *Píndaro ensalzando á un vencedor en los juegos olímpicos*, todas muy celebradas y esta última adquirida por el Ministerio de Instrucción pública, que la cedió á la Academia de Brera, y premiada después en Viena. El principal mérito de Sciuti consiste en agrupar y distribuir hasta los límites del horizonte centenares de figuras sin que se note en sus telas estrechez de espacio ó falta de aire ó de luz. Esta habilidad en la agrupación se observa también en su nuevo lienzo, el que reproducimos y que hace revivir á nuestros ojos el primer café que se estableció en Roma en el siglo XVIII; pero además admiranse en él la naturalidad que campea en todas las figuras y la propiedad con que está representada la escena, que parece reproducción gráfica de una de esas que tan divinamente copió Goldoni en sus bellísimas comedias.

La guerra, cuadro de Manuel Villegas Brieba. — Es D. Manuel Villegas un artista ventajosamente conocido, no por llevar un nombre ya ilustre en el mundo del arte, sino por sus propios méritos. Paisano nuestro, pues nació en Lérida, empezó en Córdoba sus estudios, que terminó con singular aprovechamiento en la Escuela de Bellas Artes de la coronada villa. Pensionado en Madrid y en Roma, pudo dar muestra de sus aptitudes, produciendo obras tan recomendables como lo son sus cuadros titulados *Sin patria*, *Un episodio de la guerra de la Independencia*, *Momento supremo* y *Derrota de José Napoleón en Vitoria*, á los que han seguido *Las lavanderas*, *Flores de campo* y *El sermón*, premiados todos en varias exposiciones. Mención especial merece el que reproducimos, alegórica representación de la *Guerra*, justamente premiada en la Exposición nacional de 1892 y adquirido por el Estado. De composición sobria, original y sentida, resulta el lienzo tan bello como grandioso. Las rígidas figuras de los dos combatientes, la de la mujer atada á la cruz, desgarradas las ropas y suel-



LA GUERRA, cuadro de Manuel Villegas Briebe (premiado en la Exposición Nacional de 1892)

M. Villegas Briebe
1892



EL AQUELARRÉ, cuadro de José Benlliure

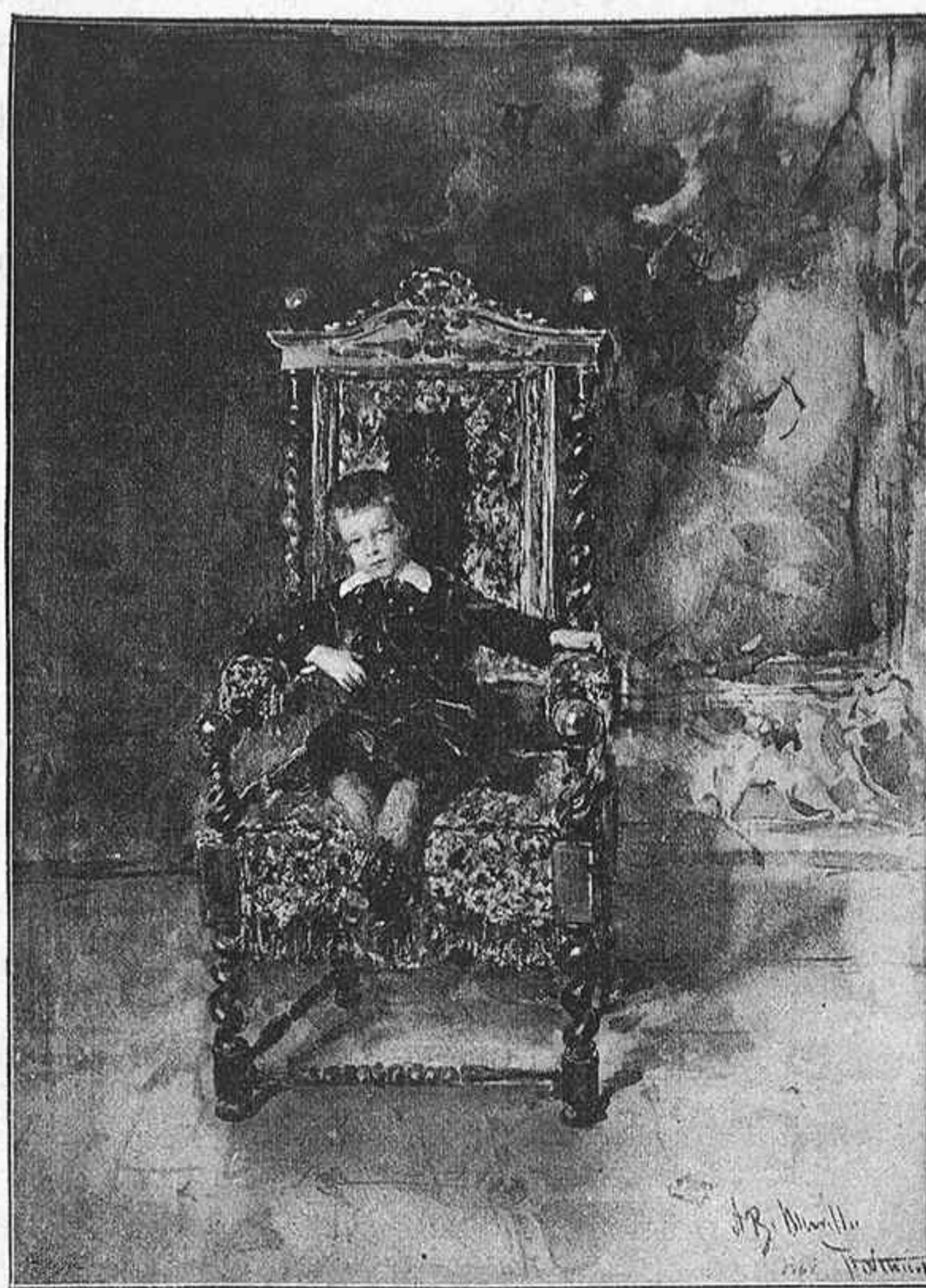
ta al viento la larga cabellera, el campo desolado y lleno de cadáveres, el espacio oscurecido por el humo de los incendios, todo, absolutamente todo contribuye á la penosa impresión que en el alma despierta el drama de la guerra.

Tal es el distinguido artista y tal el asunto de su notable cuadro.

El aquelarre, cuadro de José Benlliure. — Aunque de asunto muy distinto, merece este cuadro figurar al lado del famoso lienzo del mismo autor, *La visión del Coloso*, que fué premiado con medalla de primera clase en la Exposición nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1887. El asunto del que hoy reproducimos no necesita gran explicación: á los conjuros del viejo alquimista congreñanse brujos y brujas de todas edades, procedencias y caturras para celebrar el periódico conciliábulo en que aquella turbamulta ha de discutir las cuestiones que á la clase interesan y arbitrar nuevos medios para fastidiar á los pobres mortales que tienen la desgracia de ser objeto de sus preferencias y la mayor todavía de creer en tamañas simplezas. Menos palabras aún necesitaremos para ponderar las bellezas de *El aquelarre*: con decir que todo en él es grandioso, que cada una de las muchas figuras es de una ejecución acabada, que el lugar de la escena y los accesorios armonizan perfectamente con el carácter de la composición y que el conjunto es todo lo fantástico que el asunto requiere, habremos dicho lo suficiente acerca de lo que vale esa hermosa obra del gran pintor valenciano.

Arcabucero.—Retrato de un niño.—Fascinadores de serpientes, obras de Fortuny. — Tantas veces hemos elogiado por nuestra cuenta al malogrado Fortuny, que hoy nos parece oportuno copiar algo de lo que un célebre crítico alemán, Gustavo Diercks, ha escrito acerca de tan eximio pintor en un concienzudo estudio publicado recientemente en una de las más importantes revistas artísticas que se publican en Alemania. «Las cualidades características — dice — á las cuales debe en primer término la pintura española contemporánea el interés que despierta y el aprecio en que se la tiene, son hijas en gran parte de la poderosa influencia de Mariano Fortuny, cuya individualidad artística, muy superior á la de sus contemporáneos, abrió nuevos caminos á la vida del arte en su patria.» Después de hablar de la admiración que en el mundo del arte causó *La Vicaría*, añade: «La soltura de la pincelada, el dominio completo de la técnica, la belleza y la previsoría habilidad en el colorido, la fuerza de observación y la finura en las caracterizaciones, manifiéstanse desde entonces en todas sus obras, y hasta sus más sencillos estudios y bocetos ostentan estas cualidades.» El citado crítico termina su estudio con estas palabras: «El modo de ser de su técnica influyó en alto grado aun después de su muerte, no sólo en sus compatriotas, sino que también en los artistas franceses y en los del mundo entero, y ha contribuido no poco al desenvolvimiento de las distintas escuelas naturalista, realista é impresionista de las dos últimas décadas.»

El nuevo Palacio de Justicia del imperio alemán, construido en Leipzig. — Cuando hace algunos años se convocó un concurso para la erección de este palacio, presentáronse ciento diez y nueve proyectos, entre los cuales sobresalía, por el acierto con que distribuía el espacio en consonancia con las necesidades impuestas por un edificio de esta clase, el de Luis Hoffmann, que fué el que se adoptó y se ha llevado á cabo, no sin que su autor introdujera en él importantes modificaciones en la disposición artística, así del exterior como del interior. Vamos á dar una ligera descripción del palacio, pues las condiciones de esta sección nos impiden describirlo extensa y detalladamente. En el centro de la fachada principal un amplio pórtico de elevadas columnas comunica con el vestíbulo, desde donde se pasa al grandioso patio de espera, cubierto por la cúpula central, del que arranca la escalera de honor y varios corredores que conducen á



RETRATO DE NIÑO, obra de Mariano Fortuny



FASCINADORES DE SERPIENTES, obra de Mariano Fortuny



ARCABUCERO, obra de Mariano Fortuny

los edificios laterales, separados del central por jardines. El palacio contiene trescientas setenta y ocho estancias, distribuidas en cuatro pisos y tan hábilmente dispuestas, que todas tienen entre sí varias comunicaciones independientes unas de otras, y las destinadas á los diversos funcionarios de la administración de justicia, perfectamente aisladas de aquellas en que se congrega el público, resultan, gracias á esta circunstancia, tranquilas y por ende muy á propósito para los trabajos que requieren silencio y meditación. Todo en este edificio es grandioso, sobresaliendo las salas en donde funcionan los distintos tribunales, y todo tan bien ordenado que el orientarse dentro de él resulta fácil. Para la disposición arquitectónica del exterior y de los patios y vestíbulos estudió Hoffmann los restos de las antiguas construcciones romanas, no sólo teóricamente en los autores que de éstas han tratado, sino prácticamente visitando los lugares en donde se conservan: el edificio aparece en todas sus líneas claro, grandioso, armónico, vigoroso y severo, presidiendo en todo él la más absoluta unidad y realzando estas cualidades una ornamentación sobria y apropiada al carácter del Palacio de Justicia. La esbelta cúpula central tiene una altura de sesenta y siete metros.

La obra de Hoffmann resulta aún más notable si se tiene en cuenta que el arquitecto hubo de ceñirse á un presupuesto relativamente reducido, lo cual le obligó á hacer para cada cosa multitud de estudios y numerosos ensayos á fin de ver cómo podía obtenerse el mismo efecto por los medios más sencillos y menos costosos.

El nuevo Palacio de Justicia, cuya primera piedra puso el emperador de Alemania en 31 de octubre de 1888, se inaugurará dentro de algunos meses.

MISCELANEA

Bellas Artes. — BRUSELAS. — La Sociedad Real de Acuarelistas ha inaugurado una exposición internacional de acuarelas, en la que figuran 233 obras de artistas belgas, holandeses, franceses, italianos y alemanes, especialmente berlineses.

DRESDE. — La Unión de Artistas, que se separó recientemente de la Asociación Artística, ha celebrado su primera

exposición, cuya impresión general aumenta las simpatías que desde luego despertó ese grupo al que pertenecen todos los artistas jóvenes de Dresde que rinden culto al progreso de las bellas artes. Las obras expuestas son 119 de 35 autores, entre los cuales sobresalen Bantzer, Baum, Sterl, Ritter, Claudius, Mediz, Muller-Breslau, Luhrig y la señorita Mediz Pelikan: paisajes en su mayoría, y casi todos primaverales ú otoñales, tienen el encanto de todo lo que está íntimamente sentido. Entre los que exponen figuras merecen citarse Voigtlander Tetzner, Estler, Mangelsdorf, Glockner, Richter y Unger. De los escultores, son dignos de mención Poppelmann y Hecht, que han presentado dos bustos pintados y Rentsch, padre é hijo, que exponen respectivamente un hermoso retrato en relieve y elegantes grupos de flores de carácter decorativo.

— En el salón artístico de Ernesto Arnold se ha celebrado una exposición de obras de la escuela de Glasgow que permite formar idea clara y completa de la escuela escocesa, tan discutida en estos últimos años.

Teatros. — MADRID. — Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *Miel de la Alcarria*, drama en tres actos y en prosa de D. José Felú y Codina, de argumento interesante, basado en un pensamiento bonito, bien desarrollado y escrito en bellísima prosa; en la Zarzuela *Mujer y reina*, zarzuela en tres actos, cuyo libro, del Sr. Pina y Domínguez, es muy gracioso y está tomado de una obra extranjera, y cuya música, del maestro Chapí, es preciosa y contiene algunas piezas que son sin disputa de lo mejor que ha escrito tan celebrado compositor; en la Alhambra *El hijo del torrente*, interesante drama en tres actos y en verso de los Sres. Molina y Santana; y en Martín *Figuritas de barro*, gracioso sainete en un acto de Navarro Gonzalvo y Rojas. En el Español, que ha sido objeto de grandes mejoras, siendo hoy uno de los más lujosos coliseos madrileños, ha comenzado sus funciones la compañía de María Guerrero, la cual ha inaugurado sus tareas con la hermosa comedia de Moreto *El desdén con el desdén*, puesta en escena con un lujo y propiedad extraordinarios. En el Real ha debutado la famosa tiple Emma Calvé, á la que el público ha dispensado sendas ovaciones entusiastas en cuantas representaciones ha tomado parte, aplaudiéndola no sólo como cantante sino que también como actriz: Emma Calvé, que á su talento artístico une una gran belleza, había de ingresar por vocación decidida en la Asociación de

Damas de Saint Afrique, en Francia; pero la muerte de su padre, un ingeniero catalán, la hizo variar de propósitos, y para atender á las necesidades de su familia, aprovechando sus excelentes aptitudes para el canto, de las que había dado admirables pruebas en el coro del Sagrado Corazón de Montpellier, abrazó la carrera que tantos triunfos le ha proporcionado.

Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en Romea *La bojería*, comedia en tres actos y en prosa de D. José Got y Anguera, de interesante argumento, en el que se mezclan hábilmente una acción cómica y otra dramática; y en el Eldorado *Los tres clavetes*, zarzuela en un acto de los Sres. Tovar y Cuevas con bonita música del maestro Cotó. En el Principal, la señora Alvarez Tubau ha podido apreciar con motivo de su beneficio la alta estima en que la tiene el público barcelonés, que le tributó una ovación tan cariñosa como entusiasta. En el Liceo siguen con gran aplauso las representaciones de la eminente artista señora Darclée, que ha obtenido nuevos triunfos en *Cavalleria rusticana*, ópera de Mascagni que ahora ha obtenido mucho más éxito que cuando se estrenó hace dos años: en el propio teatro continúan representándose los magníficos bailes *Coppelia* y *El hada de las muñecas*.

Necrología.

— Han fallecido: Salomón César Malan, eminente filólogo y orientalista inglés, conecador profundo de las literaturas hebrea, sánscrita, china, armenia, kopta, asiria, etíope, menfítica, gótica, georgiana, eslava, anglo-sajona, árabe, persa, tibetana y japonesa: era además un gran naturalista y un artista notable.

Carlos Tomás Newton, célebre arqueólogo inglés, uno de los que más han fomentado y enriquecido la colección de antigüedades clásicas del Museo Británico de Londres.

Carlos Burton Barber, notable pintor inglés, especialista en la pintura de niños y de perros.

Federico Warnecke, verdadera autoridad en materia de Heráldica, autor de importantes obras heráldicas.

Estanislao, conde de Kalkreuth, notable pintor alemán, fundador de la Escuela de Bellas Artes de Weimar.

Juan Gigoux, uno de los pintores franceses que de más nombradía gozaron en su tiempo, perteneció á la escuela romántica y se dedicó especialmente á los cuadros de historia y á los retratos.

Heemskerk van Beest, notable pintor marinista holandés.

LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

— ¡Eh, buen hombre!, gritó Jacobita saliendo de improviso de su escondite; veamos si vigila usted un poco ese caballo. ¡Eh!, volvió á repetir. ¿No oye usted lo que le digo?

El montañés miró á su mulo, y sin hacer caso de aquellas palabras, siguió confeccionando sus ruecas. Jacobita se adelantó.

— ¡No tiene usted poco descaro!, gritó. ¿Quiere usted retirar de ahí el mulo?

— Mi mulo no hace nada malo, señorita, contestó el montañés, pues paca en mi prado y no en el de ustedes.

— ¡Cómo! Aquí es donde termina su propiedad. ¡Retírese usted pronto!

— ¡No, señorita! Usted es la que está en mi posesión. Por ese lado, el límite se halla detrás de usted, puesto que es el arroyo.

Jacobita se había equivocado y esto la puso furiosa.

— ¡Muy bien, repuso, ya arreglaremos eso!

Pero sin mirar á la joven, el montañés continuó haciendo sus ruecas.

Así transcurrieron algunos minutos.

— ¿Y ahora?, gritó de pronto Jacobita. ¿Me equivoco también?

El montañés se levantó.

— No, señorita, contestó, corriendo hacia su mulo.

— ¡Ah! Lo reconoce usted así, tunante! ¡Pues aguarde un poco!

Al decir esto, la sobrina del padre Bordes, cogiendo un guijarro, arrojólo contra el cuadrúpedo; pero como no le tocara, su cólera aumentó. Entonces cogió otro, y esta vez fué más feliz, pues el animal recibió el golpe en un costado.

— Señorita, dijo el montañés, tenga usted la amabilidad de no hacer daño á mi mulo.

Pero la joven estaba demasiado excitada para detenerse tan pronto, y además ¡era tan encantador el movimiento de su brazo al arrojar las piedras, y producía tan gracioso efecto su manga á la última moda al inflarse como la vela de un navío! ¡Y qué hermosa estaba con el cabello flotante sobre la nuca!

— Señorita, gritaba el montañés, ruego á usted que perdone á mi caballo, pues ya no está en tierras ajenas.

— ¡Pero ha estado!, contestó la intrépida joven.

Y otra piedra rozó la cabeza del *Morrudo*.

— ¡Ah!, exclamó Montguillem, al fin acabará usted por dejar tuerto al pobre mulo, señorita!.. ¡Por favor!..

Pero seguían lloviendo piedras, y el mulo huía al golofo, buscando un refugio.

Silverio se indignó.

— ¡Ah!, gritó con tono amenazador, será preciso que concluya usted de una vez.

Y se dirigió hacia Jacobita.

— ¡Socorro!, gritó la joven. ¡A mí!

Y escapó atemorizada, pero volviendo después, cogió una piedra más grande y lanzóla contra el montañés. Entonces se oyó un golpe sordo; el joven guía profirió una queja, llevándose las manos á la frente, y entre sus dedos brotó la sangre.

— ¡Ah, Dios mío! ¿Qué he hecho?, exclamó Jacobita.

Silverio se había detenido, y sus manos estaban enrojecidas.

Al ver esto, la joven dejó escapar un grito de horror, murmurando:

— ¡Qué miserable soy!

Y huyó hacia el presbiterio cerrando los ojos, corrió sin mirar tras sí, y llegó ante la puerta del jardín; pero tuvo miedo de entrar, de acercarse á Poupotte, y de darle á conocer su mala acción, tal vez su crimen.

— ¡Oh, Dios mío!, volvió á repetir, ¡oh, Dios mío!

Enloquecida, remontó hacia la cascada, á través de los espinos, los arbustos y las rocas, buscando un agujero cualquiera, un lugar obscuro donde poder ocultarse, donde le fuese dado abrir otra vez los ojos sin ver aquellos dedos enrojecidos, aquellas manos ensangrentadas del joven montañés.

Al fin encontró una mole derrumbada, una inmensa pared de granito mal aplanada en el suelo, y pa-

sando por debajo, refugióse en un rincón y no se movió.

La caída del agua próxima le enviaba á su frente nubes heladas, cuya frescura no sentía Jacobita, La

das y aquellas gotas de color rojo, que eran la sangre del joven montañés; y así franqueó por dos pendientes muy empinadas el alto muro natural que se elevaba detrás del caserío. Cuando estuvo al otro lado



... se encaminó nuevamente hacia la gruta

tarde era serena: por el Levante, detrás de una pelada montaña, un pico cubierto de nieve resplandecía en aquel momento, herido por los rayos del sol; más abajo, un angosto desfiladero, que permitía ver la claridad azulada de un lago lejano, oscurecía ya con las primeras sombras de la noche, como un río negro, y solamente se oía el estrépito de la cascada, el choque de las aguas espumosas sobre las rocas.

Jacobita temblaba como una chiquilla; habíase refugiado allí sin reflexionar, impulsada por la vergüenza y el terror, pero muy pronto recobró la razón.

— ¡Es preciso que vaya á verle, díjose; es preciso que yo le lleve algún socorro!

Jacobita se levantó, y con la misma rapidez con que antes huyera volvió al prado.

Ya no estaba allí el joven montañés; la pradera había quedado desierta.

Entonces el corazón de Jacobita se conmovió; adelantóse hasta llegar á la orilla del arroyo y encontró el sitio desde donde había arrojado las piedras. Diez pasos más allá pudo ver una mancha de sangre sobre la hierba, mancha muy grande, de la cual partía como una senda un reguero de gotas rojizas.

— ¡Se ha marchado!, murmuró Jacobita.

Y siguió aquellas señales, que se prolongaban á través del prado hacia la cumbre de la montaña; andaba de prisa, mirando siempre las rocas desprendi-

vió de nuevo las señales rojas, y siguiéndolas otra vez llegó á un barranco donde corría un agua muy espumosa, sin duda el sobrante de la cascada; un poco más lejos vió como un caos de piedra, y al fin se encontró delante de una especie de gruta, cuya entrada resguardaba una puerta carcomida.

La joven se detuvo.

«¡Aquí es!,» pensó con el corazón oprimido.

Después de vacilar algunos segundos, acercóse al fin, inclinó la cabeza y dirigió una mirada al interior de la gruta; pero nada vió. Solamente pudo oír el ruido que producía un caballo ó un mulo golpeando el suelo con uno de sus cascos. El montañés debía haber vuelto á subir con su cuadrúpedo.

— ¿Está usted ahí?, preguntó Jacobita con voz muy tímida, que expresaba bien el arrepentimiento. ¿Está usted ahí, Sr. Montguillem?, repitió. Le ruego que me conteste y que abra la puerta si puede hacerlo.

Jacobita no obtuvo respuesta; todo estaba silencioso en la gruta.

— ¡Mire usted, me arrodillo, continuó la joven, me arrodillo á los pies de usted, y no me levantaré hasta que haya abierto.

Y uniendo las manos lloró de remordimiento y desesperación; mas la puerta permaneció cerrada; ningún ruido se oía en la oscura gruta.

— ¡Oh, díjose Jacobita, si hubiese muerto!..

Dominada por esta idea levantóse, empujó la puerta y pudo entrar. Entonces se halló en una especie de galería ó pasadizo, con techo de roca de color gris, cuyas moles irregulares se perdían en la sombra: al principio no vió nada; pero adelantándose á tientas, tropezó contra un cuerpo inmóvil, tendido en el suelo.

— ¡Ah, exclamó inclinándose, es usted, y no ha muerto!.. ¡Oh, le pido á usted perdón; ignoraba lo que hacía!

La joven se arrodilló de nuevo, ocultando el rostro entre las manos y prorrumpió en sollozos.

Había visto el rostro del montañés en la sombra, un rostro pálido y triste, cuyos ojos le miraban con timidez, y también había notado que una venda blanca, manchada de rojo en el centro, rodeaba la cabeza de Silverio.

Con la frente inclinada, Jacobita sollozó durante un minuto, y sus ojos permanecieron cerrados para no ver los de su víctima, cuya mirada grave había de seguirla á todas partes.

— ¡Perdón!, volvió á decir. Yo no suelo ser mala, y no quería hacer á usted daño alguno. No sé lo que pasó por mí; durante un momento estuve loca sin duda, y ahora me creo muy desgraciada. ¡Oh, si pudiera dar á usted mi sangre para compensar la que ha perdido!.. ¡Perdóneme usted, perdóneme usted!

Y la joven pronunció estas palabras con tal grito de dolor, que el montañés se conmovió sin duda, pues Jacobita le oyó contestar con voz débil:

— ¡Perdono á usted, señorita! No se aflija más por esto.

— ¡Oh, gracias!, exclamó la joven, dejando ver su rostro. ¡Qué bueno es usted, qué bueno!

Y sin echarlo de ver, Jacobita había cogido una mano del montañés y estrechábala entre sus dedos temblorosos.

— Supongo que la herida no es grave, ¿eh? Tranquilíceme usted pronto, porque esa sangre me ha espantado mucho. Sin duda eso no será nada.

— Así lo espero, señorita. He oído decir que las heridas de la cabeza son mortales ó insignificantes; si hubiese de morir, pareceme que ya estaría en el otro mundo; y por otra parte creo que ya no mana sangre de la herida.

— ¡Oh, tanto mejor! ¡No, eso no será nada! ¡Voy á cuidarle tan bien que curará usted muy pronto! ¡Ah! Ya lo verá usted, Sr. Silverio. En el convento he recibido lecciones de medicina práctica, que hace algunos años nos enseñan. Yo soy muy entendida; déjeme usted hacer á mí... Por lo pronto tiene usted la cabeza demasiado baja, y la sangre podría correr de nuevo.

— Creo que tiene usted razón, dijo el montañés.

Y se incorporó, apoyándose en el codo.

— No, dijo Jacobita, no se mueva usted, ni sea imprudente. Yo soy quien ha de levantarle; no haga usted ningún esfuerzo. ¿Qué tiene usted aquí? ¿Hay heno?

— Sí, el pienso del mulo.

— Muy bien: déjeme usted ponerle un poco más debajo de la cabeza. ¡Ah, así! ¿Se siente usted mejor ahora?

— Seguramente.

— ¡Muy bien!

La joven hizo una almohada de heno muy suave, separando las hierbas demasiado gruesas, para que el montañés no se arañase la cara.

— ¿Está usted bastante abrigado?, preguntó Jacobita. El tiempo refrescará, y veo ahí su capote sobre una piedra. Permítame usted echárselo encima. ¡Uf, cómo pesa! Le producirá el mejor efecto. ¡Cuánto me gustaría tener un edredón como ese!

Charlando así, la joven iba y venía apresuradamente por la gruta, feliz y risueña; mientras que con sus ojos tristes el herido la miraba silenciosamente, algo avergonzado al ver á una señorita tan linda dar vueltas en aquel mísero albergue.

Jacobita adivinó sin duda este pensamiento, porque exclamó con la mayor sinceridad del mundo:

— ¡Dios mío, qué divertido es pasar aquí un rato! Cuando yo sea mayor de edad compraré una gruta como esta, y ya no saldré de ella. ¿No habrá por aquí alguna otra para alquilar? Ya me la indicará usted, ¿no es verdad?

Jacobita se paseó después bajo las bóvedas, admirando la residencia del montañés, y poco á poco, acostumbrados ya sus ojos á la penumbra, pudo distinguir los objetos que la rodeaban, y vió el mulo en una gruta inmediata.

— ¡Es la cuadra!, exclamó. ¡Oh, y hay mucho sitio! ¡Qué sólido es todo esto!.. ¡Y aquí hay otro aposento! ¿Es el salón de usted? ¡Oh, qué encantador! Pero no hay palmeras en los ángulos... ¿Y qué es aquello que hay allá abajo? ¡Ah, supongo que será el gabinete!.. ¿Recibe usted de cuatro á siete?.. Solamente falta una antecámara con un oso de tamaño natural para tener

los paraguas entre las patas... No haga usted caso de lo que digo, porque hablo en broma; pero en el fondo me parece todo esto encantador, se lo aseguro á usted.

Jacobita, interrumpiéndose bruscamente, añadió: — Soy una aturdida, y debería comprender que le canso á usted con tanto hablar. Voy á dejarle dormir, porque lo necesita; pero muy pronto volveré.

Al decir esto se alejó de puntillas, como una enfermera silenciosa, dejando ver sus graciosas botinas; pero cuando hubo llegado á la puerta se volvió de pronto.

— Dos palabras más, añadió. ¿Quiere usted decirme dónde come? No he visto cocina por aquí, y me parece que los hornillos escasean. Supongo que alguna mujer le hace la comida en el pueblo. ¿No es así?

— En verano, repuso el montañés, como en casa de Artiguenabe, el carpintero de Gargos; y en invierno tengo aquí viveres, pan duro, patatas y algunas conservas. Algunas veces, cuando no hay demasiada nieve en los senderos, como en Aigues-Vives.

— Pero ¿dónde cenará usted esta noche?

— ¡Oh! No necesito nada.

— ¡Vaya una ocurrencia! Me parece, por el contrario, que debe estar usted muy débil después de semejante sangría. Voy á traerle un huevo pasado por agua, y entretanto descanse usted.

La joven se marchó apresurada para no oír la negativa del montañés. Atravesó rápidamente el caos de piedras, franqueó el agua espumosa del barranco, bajando por los escalones cortados en el granito, vió otra vez el prado, el jardín y el presbiterio, y muy nerviosa, con mucha emoción sin duda, pero con menos vergüenza de la que hubiera creído, refirió á la criada del cura todo lo ocurrido, absolutamente todo, manifestándole cuál había sido el origen de la disputa, cómo inflirió la herida y cómo obtuvo después el perdón.

— ¡Haga usted dos huevos pasados por agua, Poupotte! Son para el joven montañés, y quiero llevarse los en seguida.

Al ver la mesa servida del comedor del presbiterio, la misma Jacobita comió aceleradamente como un viajero en el *restaurant* de una estación.

— No haga usted caso, Poupotte, dijo á la cocinera; otra vez saborearé sus platos con más calma. Su comida es exquisita. Déme usted los dos huevos.

Y tomando pan, un cuchillo, una cuchara y una botella de vino de España, la joven se encaminó nuevamente hacia la gruta.

El sol se ponía. A los pocos minutos llegó Jacobita á la gruta; pero no se atrevió á entrar desde luego, temiendo despertarle si dormía, y permaneció inmóvil en el umbral, atento el oído y conteniendo la respiración.

Pero el herido se agitó mucho en su lecho de heno, como para significar que no dormía.

Entonces la joven empujó la puerta alegremente.

— ¡Aquí están, dijo, y aún calientes! Despachemos pronto.

Pero el montañés no quiso. ¡No, no, no tenía gana! Y lo juró así, diciendo que la señorita era demasiado buena, y que no merecía tantas bondades...

— ¡Calle usted, que se cansará!, replicó Jacobita. ¡Vamos, incorpórese usted pronto!

Y sin escuchar las protestas del guía, la joven sacó un huevo vivamente con la punta del cuchillo.

— ¡Ah, Dios mío!, exclamó de pronto, ¡se me ha olvidado la sal!.. ¡Espere usted, voy á pedirselo á Poupotte!

Silverio retuvo á Jacobita por la manga de su vestido.

Señorita, aseguro á usted que es inútil... ¡Se cansaría usted demasiado!

Y para impedir que volviese á bajar, aventuró esta declaración de principio.

— No me gustan los huevos salados.

— ¿Es verdad?

— Ciertamente, señorita.

— ¡Pruébelo usted!

Silverio quedó cogido, pero supo salir del paso, y comió, bajando los ojos, con la turbación del pobre diablo que hubiera tenido por sirvienta una reina.

Jacobita sostenía el huevo con una mano, y con la otra mojaba pedacitos de pan.

— Hubiera podido traer una huevera, dijo la joven, pues á fe que no faltan en casa...; pero en fin, iba ya demasiado cargada, y usted no se enfadará por eso.

Hasta que el guía hubo vaciado el huevo, no se atrevió á decir:

— Yo tenía unahuevera en el cofre..., el señor cura me la regaló por Pascua.

— Pues bien: la tomará usted para comerse el otro huevo.

— No, señorita; ya tengo bastante. Doy á usted las gracias.

— ¿De veras?

— Sí, señorita.

— ¡Pues entonces beba usted un trago!.. Es muy fácil. ¡Oh!, chupando, yo se lo ruego. ¡Me agrada mucho eso! Veamos si usted es práctico. Yo no sé beber así, pues no hago más que chupar y no puedo conseguir que el líquido salga. ¡Enséñeme usted!.. ¿No? Pues entonces voy á buscar un vaso.

Silverio no tuvo más remedio que beber; y Jacobita se dió por muy contenta con oír el *glú, glú* del vino de España en la garganta del guía.

— ¡Bravo, muy bien! Ya me dará usted lecciones cuando se haya curado.

Y cogiendo la botella, Jacobita la tapó y dejola en un rincón. Después, al ver el huevo que había quedado, se le comió valerosamente sin sal.

— ¡Bah!, exclamó, no es tan malo como yo hubiera creído; pero á decir verdad, tengo un apetito en esta gruta... No sucede aquí como en aquellas salas de estilo de Enrique II... ¡Ah!, exclamó bruscamente, poniéndose en pie con su viveza ordinaria, se me olvidaba ese pobre mulo...

Antes que el guía tuviese tiempo para pedir explicaciones, Jacobita estaba ya fuera; pudo oír sus pasos precipitados sobre las piedras, y á los pocos instantes la vió volver, algo sofocada, con un gran cesto lleno de legumbres.

— ¿Le gustan las coles?, preguntó. ¿Y las zanahorias? También le he traído algunos nabos.

Y acercándose á *Morrudo*, la joven le ofreció aquellas diversas legumbres.

El montañés se incorporó, apoyándose en un codo.

— ¿Dónde ha cogido usted eso, señorita?, preguntó.

— En el huerto de mi tío. ¡Ah! Las coles no valen gran cosa. Tontón no se ha distinguido este año.

Pero el mulo no era tan difícil de contentar, y comía de la mejor gana, mirando con sus grandes ojos de animal espantado á la linda joven desconocida que hacía poco le arrojaba piedras y ahora le trataba con tanta munificencia. Sin embargo, la filosofía no alteró su apetito, y bastaronle cuatro lengüetadas para tragarlo todo. Cuando hubo concluido, sus orejas se enderezaron hacia Jacobita, y produjo una especie de relincho muy expresivo, que significaba: «¡Un poco más!»

— *Morrudo*, díjole su amo, eres muy impertinente.

Y bajando de nuevo los ojos, Silverio balbuceó con una voz apenas inteligible:

— Señorita, permítame usted darle gracias, así por mí como por el cuadrúpedo. Es usted mil veces demasiado buena, y si antes recibí mal sus palabras en el prado, ruego que me las perdone.

— ¡Oh! No hable usted así, repuso la joven, conmovida hasta el punto de llorar casi. Yo soy quien ha cometido una falta, y quien debería tener vergüenza de presentarme aquí. Dispénsame si vuelvo otra vez á verle: espero llegar á ser su amiga... Y ahora, buenas noches, Sr. Silverio. ¡Hasta mañana!

Y ofreció su fina mano, su mano confiada, que en el fondo de aquella gruta, invadida ya por la obscuridad de la noche, parecía recoger en su blancura los últimos rayos esparcidos á su alrededor, y sus dedos oprimieron con simpatía los de la mano del joven montañés.

— ¡Hasta mañana, *Morrudo*!, dijo después, acariciando el lomo del cuadrúpedo.

Jacobita se alejó lentamente en dirección al pueblo de Gargos, mirando á lo lejos sobre las montañas oscurecidas un esbelto pico sonrosado, cuyo frente iluminaban los últimos rayos de un sol moribundo.

Pero en aquel momento oyóse el tañido de una campana vecina: Poupotte tocaba el *Angelus* bajo una especie de cobertizo apoyado contra la iglesia, y que hacía las veces del campanario demolido por las avalanchas.

Entonces la joven, recordando las recomendaciones de su padrino, entró en el jardín del presbiterio, cogió algunas flores y fué á depositarlas en el altar de María. Después, muy piadosa y un poco turbada por la obscuridad de la noche, se arrodilló delante de la santa imagen; rezó fervorosamente, recorriendo todas las cuentas de su rosario, y á cada diez pensaba:

— ¡Santa Virgen, aunque no sea de los más grandes, ni siquiera de los más RUBIOS!..

Apenas Jacobita hubo salido de la gruta, Silverio se durmió, con un sueño tranquilo y reparador.

Sus ojos no se abrieron hasta la hora del alba, y entonces permaneció un instante sobre su lecho de heno sin moverse, sin pensar y sin sentir apenas en su cerebro ese hormigüeo sutil que producen las ideas nacientes. ¡Oh! Aquella mañana, esas ideas tenían un color muy agradable.

El montañés, tocando su frente, se acordó de la herida, y también de la hermosa joven, de sus solícitos cuidados, de las manos blancas y delicadas y

de su dulce voz. ¿Era posible que una joven tan rica y tan bella se hubiese arrodillado delante del mísero montañés tan pobre y despreciado? ¡Oh! ¡Qué honor había sido para él que aquellos frescos brazos, llenos de perfume y adornados de encajes, se hubiesen movido alrededor de su frente ensangrentada! ¡Conque la señorita había tocado aquel heno tan basto y aquel capote tan tosco, dignándose acariciar á *Morrudo* con sus finos dedos, que no parecían propios más que para acariciar á las avecillas!

Silverio no podía dar crédito á sus recuerdos; esto no era posible; sin duda había tenido un sueño extravagante. Y fué preciso que mirase aquella botella de vino de España en un rincón, las cáscaras de los huevos junto al lecho y las huellas impresas por los tacones de las botinas en la tierra blanda del suelo, para creer en aquella inverosímil prueba.

La luz del día penetró en la vivienda del montañés, y sobre la bruma del valle divisáronse en un fondo amarillento las cumbres violáceas de las montañas.

Silverio se puso en pie; no experimentaba malestar alguno, y la herida de su frente le parecía curada, aquejándole tan sólo una ligera debilidad en las piernas. Acercóse á *Morrudo*, renovó el pienso, y cogiendo después una escoba oculta en un rincón barrió la gruta. Después, con un trapo y un cepillo que sacó de su cofre, limpió todos los objetos que le pertenecían; terminada esta operación, fué á lavarse en el arroyo inmediato, y sintiendo un poco de fatiga, cogió una silla de tijera, la única que poseía, para ir á sentarse á la entrada de la gruta, detrás de la puerta carcomida, junto á las huellas que Jacobita había dejado la víspera en la tierra blanda del suelo.

El sol no se veía aún porque las montañas le ocultaban; pero el tono amarillento del cielo tomaba un viso azul, mientras que las cumbres violáceas se teñían de blanco. Silverio adivinó que eran las ocho: desde allí no se podía oír más que la respiración del mulo y también el rumor de las aguas en las pendientes del Gargos.

Sin embargo, un ruido de pasos llamó muy pronto la atención del montañés; levantóse, miró por la abertura de la gruta, y palideció un poco: acababa de divisar la cabeza de Jacobita detrás de las rocas desprendidas de los primeros planos.

Después la vió adelantarse, y sus ojos tristes se iluminaron.

- ¿Despierto ya?, exclamó Jacobita, acercándose á la gruta. ¿Cómo va hoy? ¿Tiene usted muy buen aspecto!.. ¡Pues bien: tanto peor para mí, que deseaba agobiarle con mis solícitos cuidados!..

Jacobita entró en la gruta y dejó en el suelo una caja grande con asas de cobre.

- Es el botiquín de mi tío, dijo. ¡Voy á curarle á usted... y con todas las reglas del arte!

Al pronunciar estas palabras, sentóse en la silla de tijera para respirar un poco.

- ¿Ha dormido usted bien?, preguntó á Silverio.

- Sí, señorita.

- ¿Y el mulo, ha pasado buena noche?

- ¡Es probable!

- En efecto, me mira con ojos muy claros, repuso la joven; pero no hay tiempo que perder. Siéntese usted... ¡Así!

- ¿Para qué, señorita?

- ¡Eso no le importa á usted!.. ¿Dónde tiene usted el agua?.. ¡Ah, sí, la cascada! ¡Qué lujo!

Jacobita abrió su caja, cogió una probeta, fué á llenarla en el barranco, púsola sobre un trípode, encendió una lamparita de espíritu de vino y calentó el agua.

- Procedamos con orden, dijo. ¡Incline usted la cabeza!

Silverio comprendió entonces.

- Doy á usted gracias, señorita, dijo; mi cabeza se curará por sí sola.

- ¡No trate usted de resistirse; yo le inferí la herida, y es preciso que yo le cuide!

Y Jacobita sacó de la caja una infinidad de estuches, de frasquitos, de pinzas, y en fin, todo un arsenal de cirujano.

- ¡Pero, señorita!.., exclamó Silverio retrocediendo.

- ¡Basta!

- Usted es demasiado bondadosa, repuso el joven; aseguro á usted que no necesito nada.

- ¡Y usted es un ignorante! Una llaga mal curada puede conducir á la gangrena. ¡Ya conozco yo eso!

- Y yo también, señorita, pues he tenido heridas veinte veces, y jamás necesité...

- ¿Será preciso arrojarle á usted más guijarros á la cabeza?, preguntó Jacobita á la vez enojada y risueña.

Silverio cedió de la mejor gana.

- ¡Si esto me divierte!, balbuceó la joven, desarrollando una venda.

El montañés vió los lindos y ligeros dedos finos y perfumados que pasaban y repasaban por delante de su frente, y comprendiendo que se ruborizaba, cerró los ojos lentamente.

- ¡Ah! Ahora se turba usted... ¿Qué le sucede?

Jacobita no se ruborizaba, porque no había en ella segunda intención; bien persiguióse al montañés á pedradas, ó ya con palabras dulces le ofreciera huevos pasados por agua, Jacobita era cándida como una niña, inocente como una virgen sin amor. Ante ningún hombre se había sentido mujer aún; pero dotada de un temperamento nervioso y de una vitalidad febril, lo hacía todo con pasión, lo mismo el bien que el mal; y sus músculos, su cerebro, su corazón, todo en ella, en fin, necesitaba obrar sin reflexión y sin medida.

Suavemente con sus pequeñas manos levantó la venda, y como el agua se había calentado ya, apagó la lamparita; después, destapando un frasco, vertió algunas gotas de color pardusco en la probeta.

- Es ácido fénico, dijo; el antiguo desinfectante de mi tío. En el convento tenemos el sublimado corrosivo y drogas muy bien arregladitas... ¡Ahora no se mueva usted!

Jacobita cogió algunas hilas, sumergiolas en el líquido tibio, y cerró después la herida de Silverio delicadamente para desprender del todo el vendaje. Esta operación duró un minuto.

- ¡Uf! Ya está, exclamó la practicanta, levantando la venda sobre su cabeza. ¡Oh, qué buen color tiene la herida!

Y volviendo á coger las hilas, empapólas otra vez en ácido fénico y lavó minuciosamente la frente del montañés. Bajo su mano las hilas parecían frescas, suaves, untuosas, como la extremidad de un ala que roza, ó un poco de brisa que refresca el rostro, ó una sombra que se proyecta cariñosa.

- ¡Qué lástima que no sea cosa más seria!, dijo Jacobita alegremente; entonces hubiera podido hacer gala de mis conocimientos, al paso que ahora no podré deslumbrarle con mi ciencia quirúrgica.

La joven hubo de contentarse con una cura mezquina; pero buscó la compensación en las hilas hidrófilas, de las cuales aplicó enormes capas; después cogió una venda muy blanca, y arrollóla en la cabeza del montañés muy laboriosamente. Con ademanes violentos dió vueltas y más vueltas á la venda, y el herido pareció muy pronto un turco con turbante.

- Póngase usted la boina encima, dijo Jacobita.

¡Así! ¡Está usted magnífico!

Y volviéndose hacia el mulo añadió:

- ¿Le reconoces ahora, *Morrudo*? ¡Es tu amo, es Silverio Montguillem en persona!

Y la joven se dirigió presurosa á la cuadra.

- A propósito, dijo al montañés, veo que no causé ninguna herida al mulo. ¡Qué extraño me parece!

Así diciendo, Jacobita examinó á *Morrudo* cuidadosamente y hubo de convenir en que nada tenía que curar.

- Otra vez será, dijo. No me olvide usted cuando el pobre animal se rompa algo...

Jacobita arregló el estuche, las pinzas y los frascos; cerró la caja, y la puso cuidadosamente en un rincón de la gruta.

- Esto servirá para mañana, observó. Entretanto voy á dar una vuelta por el presbiterio. No se mueva usted, pues dentro de un cuarto de hora estaré de vuelta.

La joven reapareció muy pronto llevando una cesta de provisiones.

- Ahora vamos á almorzar juntos, Sr. Silverio. He obtenido permiso de Poupotte para comer en la montaña. ¡Ya verá usted cómo me mima!

Y de la cesta sacó al punto dos chuletas, jamón, un bote de leche cuajada y bizcochos.

No dejó el frugal montañés de rehusar, pero fué tan poco afortunado como la víspera. Almorzó, probando de todas aquellas delicadezas para que su compañera de almuerzo no le pegara, y cuando hubieron terminado, Silverio se levantó é hizo ademán de salir; pero la joven se opuso.

- ¡Orden del médico, caballero!, exclamó.

- Pero advierta usted, repuso el guía, que debo conducir á mi mulo al pasto.

- ¡Ah, sí, es muy justo! Desátele usted; yo iré.

- ¡Oh, señorita, no diga usted eso!..

- ¡Pues va usted á verlo!

Y desatando al mulo, cogió la extremidad del ronzal y dirigióse hacia la puerta.

- ¡Señorita, deténgase usted! ¿Qué dirán?

- ¡Que digan lo que quieran!

- ¿Y si cocea?

- ¡Oh! No lo hará; le creo más galante.

Y volviéndose hacia el mulo, gritó:

- ¡Arre, arre, *Morrudo*! ¡Al pasto!

Y quieras que no, llevóselo consigo.

Silverio pudo oír cómo las cascadas del animal chocaban contra las piedras desprendidas, resonando sobre los escalones de granito, y cómo el cuadrúpedo bajaba hacia los prados de Gargos.

El guía permaneció mudo y estupefacto.

Hallábase sin resistencia ante la joven; entre ella y él, los hechos parecían invertidos; Jacobita mandaba con el aplomo de un hombre, y él obedecía con la dulzura de una mujer.

Sin embargo, aunque le estuviese prohibido salió un instante, anduvo entre las rocas sin hacer ruido, franqueó el arroyo de la pequeña cascada, é inclinóse sobre la estribación de granito para ver lo que pasaba abajo. Entonces vió á Jacobita, que con la mayor gravedad hacía pacer á *Morrudo*, llevándole de un lado á otro, cogido el ronzal; y poco después, como la hierba era más alta al otro lado del arroyo, la joven compasiva no vaciló en trasladar á aquel sitio al cuadrúpedo.

- ¡Oh, señorita, esa es la pradera de su señor tío! ¿Qué dirá, qué dirá?

Silverio quiso gritar estas palabras á la joven; mas no atreviéndose, volvió á entrar en su gruta, pensando en las trágicas explicaciones que seguramente tendría con el padre Bordes cuando el digno varón regresase de Tolosa.

Jacobita volvió á mediodía; *Morrudo* tenía la panza bien redondeada.

- ¡Vamos, que no ha sido malo el almuerzo!, exclamó la joven, volviendo el mulo á su establo. ¡Se le ha dado azúcar para postre!

- ¿No se ha equivocado usted de pradera, señorita?, se aventuró Silverio á preguntar. ¿Es mi hierba la que ha comido?

- Sí, de la de usted primero, y después de la de mi tío para principio.

- ¿Qué dirá el señor cura?

- ¡Eso es cosa mía, caballero! Supongo que no me buscará usted quimera.

Y añadió sonriendo:

- ¡Ahora que he trabajado bien, cuénteme usted algo; hábleme mucho, sea de lo que fuere, de sus padres, de su infancia, de su país... que tanto me agrada!

Al oír estas palabras, el montañés se transfiguró.

- ¿Ama usted mi país?, dijo. ¡Oh! ¡Gracias! ¡Cuán dichoso me siento!

Silverio adoraba también su país natal; esto era en él una manía; no pensaba más que en las montañas, y solamente le interesaban los hermosos, los encantadores Pirineos.

- ¡Oh! ¡Gracias!, repitió á media voz.

Y sus ojos se humedecieron de agradecimiento por la elegante señorita que se dignaba otorgar su cariño á los montes, á los arroyos, á los glaciares, á todas las maravillas que se ostentaban allí bajo aquel cielo puro y luminoso.

Y entonces habló de todo cuanto ella quería, él, joven taciturno, que jamás conversaba con sus compatriotas. Habló de su padre Francisco Montguillem, viejo pastor que durante el invierno apacentaba su ganado en los eriales de Pontacq; de *Bigorra*, el asno indolente que guiaba el rebaño, y de *Pigou*, el valeroso perro que los custodiaba. También habló de Emilio Montguillem, su hermano mayor, que habitaba en Gargos: dijo que era un muchacho enfermizo, que no había podido continuar extrayendo pizarra de las canteras de Lourdes; pero que ahora desempeñaba las funciones de segundo chantré en Aigues-Vives, aunque no entendía de letras. Por último, Silverio habló de sí mismo, de su profesión de guía, la más hermosa de todas en su concepto; y enseñó sus bastones herrados, sus hachas, su carabina, su morral, la brillante placa donde estaba grabado su nombre con letras mayúsculas, y su *carnet* del Club Alpino, donde los *turistas* habían elogiado su intrepidez, su ciencia y su abnegación. Después abriendo un cofre de encina, único mueble de alguna importancia que allí había, mostró una infinidad de objetos muy heterogéneos y preciosos: libros, fotografías, cartas geográficas, piedras brillantes, flores resacas, y cuernos de gamuza, todo de los Pirineos. Aquellas flores raras habían sido cogidas por él en las montañas; las piedras en que brillaban partículas de cinc, de cobre ó de plata, él las encontró en sus excursiones; las fotografías no representaban más que cimas, abismos ó cascadas, y los libros no se referían más que á aquella región. ¡Oh qué hermosos volúmenes, tantas veces hojeados! Silverio no conocía otros; y aunque al salir de la escuela apenas podía deletrear, cuando fué mayor aprendió por sí solo á leer y á escribir para saber lo que los viajeros pensaban de su hermoso país. Y poco á poco, ahorrando continuamente, pudo comprar una veintena de libros escritos por Ramond, de Chansenne, Cuvillier-Fleury, Paul Perret, Russel, Killough ó Taine.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LAS NUEVAS EXCAVACIONES EN LA ISLA DE CHIPRE

Desde el año 1879 he realizado gran número de excavaciones en la isla de Chipre, movido por el deseo de encontrar antigüedades, y por cuenta, algunas veces, de gobiernos, museos y particulares; pero los más bellos é importantes descubrimientos hícelos en un viaje de exploración que por mi cuenta llevé á cabo en 1885, convenientemente armado de pala y azadón.

En aquel viaje comprendí también la importancia excepcional de la ciudad y del reino de Tamassos, tan famosos por sus antiguas minas de cobre, y más tarde, en 1889, comisionado por los Reales Museos de Berlín, tuve la suerte de descubrir algunos de los admirables sepulcros de piedra de los príncipes que allí reinaron.

La obra que por encargo del emperador de Alemania he de publicar tratará, entre otras cosas, de esas tumbas de Tamassos, que son de importancia suma, no sólo para la historia del arte chipriota, sino que también para la del arte en general, según opinión de sabios tan competentes como el doctor W. Dorpfeld, de Atenas, el profesor A. Furtwangler, de Berlín, y muchos otros.

El primero que generosamente destinó una considerable suma para una exploración alemana en Tamassos fué un gran industrial, el Sr. Harder, que actualmente reside en Mannheim. Una vez agotada la cantidad por éste concedida, la dirección de los Reales Museos berlineses facilitó los fondos necesarios para continuar las investigaciones, y actualmente el emperador de Alemania ha dado una subvención importante para proseguir las excavaciones en la isla de Chipre y publicar una obra en que se consignen y reproduzcan los resultados obtenidos, habiendo ofrecido su cooperación varios ilustres sabios y en primer término el citado profesor Furtwangler, que en 1889 y 1894 fué á Chipre, siendo uno de los que en este último año dirigieron una parte de las excavaciones, ó sea las de la Acrópolis oriental de Idalión.

La obra que se ha de publicar se titulará *Tamassos é Idalión* y tratará de estos dos reinos chipriotas.

Digamos ahora algo de Tamassos, que poseía algunos templos importantes, tres de los cuales he logrado descubrir totalmente ó en parte. Las inscripciones encontradas en dos de ellos demuestran que el uno estaba consagrado á la madre de los dioses y el otro al Apolo heleno y al dios fenicio, no menos venerado, Resef. En cuanto al tercero, en el cual se encontró un bronce arcaico de gran valor histórico,

que actualmente se guarda en el Museo de Berlín, tampoco puede haber duda alguna respecto de su destino, á pesar de no haberse descubierto en él ninguna inscripción, pudiendo afirmarse que estaba consagrado á Apolo, dios del sol. De allí se sacaron una cuadriga de piedra procedente del período floreciente de Fidias, que hoy se conserva en el museo chipriota de Nicosia, aunque por desgracia en bastante

puesta de pie en el centro del templo de Apolo-Resef, de Frangissa, en el reino de Tamassos, no lejos de las inscripciones biográficas bilingües, escritas en idioma y caracteres fenicios y griegos chipriotas, que presentó á la Academia de Ciencias de Prusia el famoso primer bibliotecario de la universidad de Estrassburgo, el profesor J. Euting. Desgraciadamente sólo pude reconstruir la parte superior de aquella

estatua, que constaba de tres piezas separadas. El estilo de esta estatua es el propio de aquella isla, el que he denominado greco-fenicio, denominación que ha aceptado luego como buena el mundo arqueológico. Es un estilo mixto, en el que entran, además de las primitivas influencias griegas y fenicias, elementos egipcios de una parte y de otra asirios.

El grabado inferior, tomado de mi citada obra publicada en 1893 en Berlín, reproduce las excavaciones de Idalión: en él se ofrece á nuestros ojos un templo chipriota, uno de aquellos cotos sagrados que se describen en el Antiguo Testamento. En primer término aparece el espacio destinado á los presentes sagrados; detrás está el crematorio con el altar, en el cual se encontraron aún entre un inmenso montón de cenizas y carbones cinco horquillas de las que se usaban en los sacrificios. A la izquierda se ve un espacio cubierto, que probablemente servía de habitación á los sacerdotes y de tesoro. El templo fué descubierto en Idalión, á cuya Acrópolis oriental dediqué durante el año último mi actividad.

DR. MAX OHNEFALSCH-RICHTER

(De la *Illustrierte Zeitung*)

EL TELÉGRAFO IMPRESOR

DISTRIBUCIÓN DE DESPACHOS POR LA MÁQUINA DE ESCRIBIR

La información rápida es una de las más imperiosas necesidades de nuestros días, y comprendiéndolo así la acreditada agencia Havas se ha venido desde hace años preocupando en buscar el mejor medio de satisfacerla, habiéndose fijado desde un principio en el telégrafo impresor del americano M. Wright, que permite reproducir á distancia lo impreso por una máquina de escribir. Nuestro grabado reproduce en su primer término esta máquina. El manuscrito que se ha de transmitir se imprime á distancia por medio de la máquina de escribir, colocada en una estación central, y la escritura así trazada reproduciese simultáneamente en los aparatos registradores colocados en las estaciones de recepción de los abonados. En nuestro grabado representamos detrás de la transmisora la máquina receptora.

Después de muchas vacilaciones y dificultades se ha podido instalar un servicio que funciona en las oficinas de la citada agencia. En la imposibilidad de describir detalladamente todos los aparatos que en el sistema entran, indicaremos únicamente el principio general en que se basa.

Una máquina de escribir instalada en la estación transmisora gobierna un conmutador especial que permite enviar corrientes á una línea en la cual hay varios receptores ó máquinas de escribir, que son pequeñas obras maestras de mecánica sin movi-

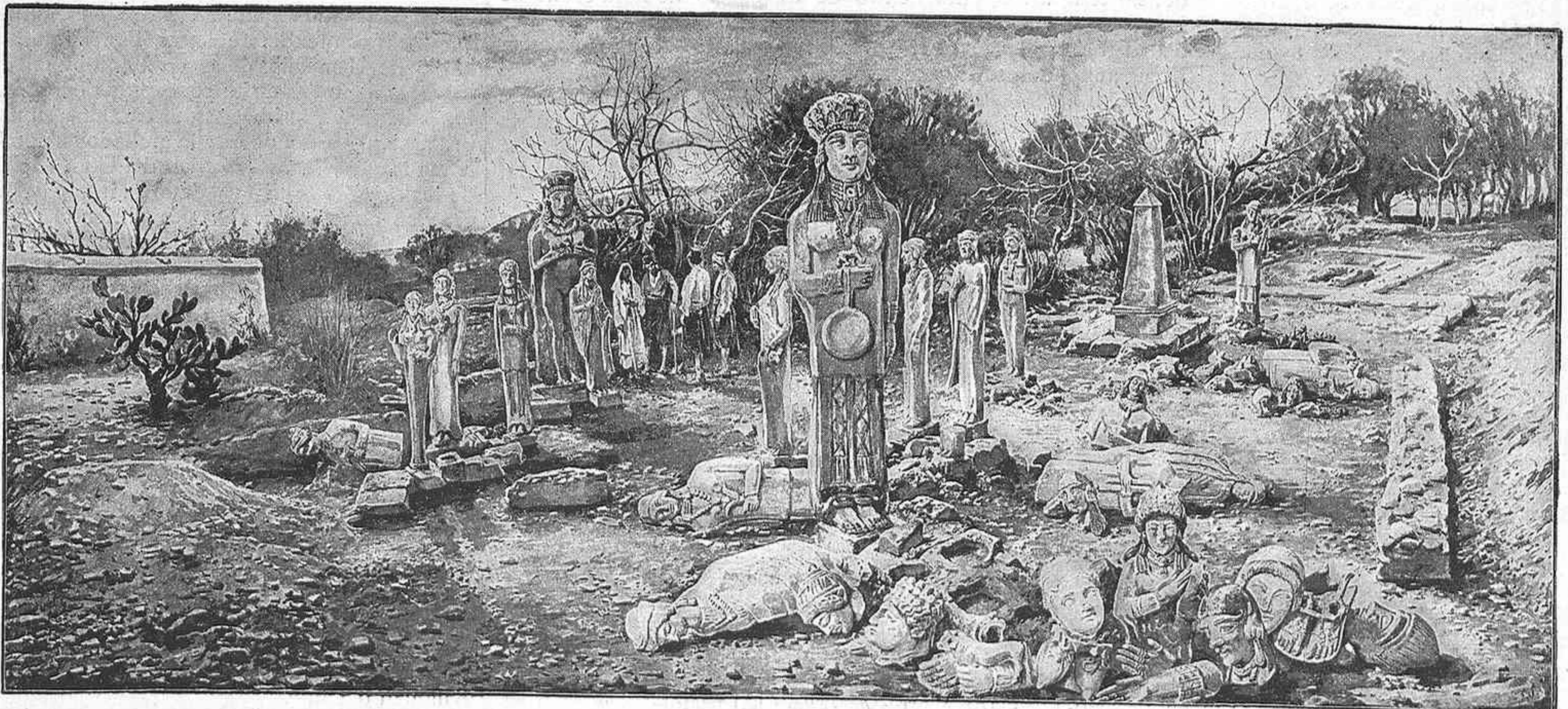


Cabeza de 4'8 metros de altura de una estatua de estilo greco-fenicio, descubierta en el templo de Apolo Resef, de Frangissa, reino de Tamassos

mal estado, y un coloso sin cabeza y bastante estropeado por la acción del agua del río en cuyo lecho fué encontrado.

Ese coloso es una figura griega, envuelta en ropas del tipo de las figuras de Apolo que en 1883 descubrí en el templo de Voni, en la antigua Chytroi, y que he reproducido en mi obra *Chipre, la Biblia y Homero*. Las dimensiones de ese descabezado coloso son 4'25 metros de longitud por 1'05 de anchura.

Los antiguos chipriotas eran muy aficionados á las estatuas colosales. ¿Quién al ver la cabeza reproducida más arriba no recuerda el coloso de arcilla de las Sagradas Escrituras? Esa cabeza mide 4'8 metros de alto, y la estatua á que perteneció fué encontrada

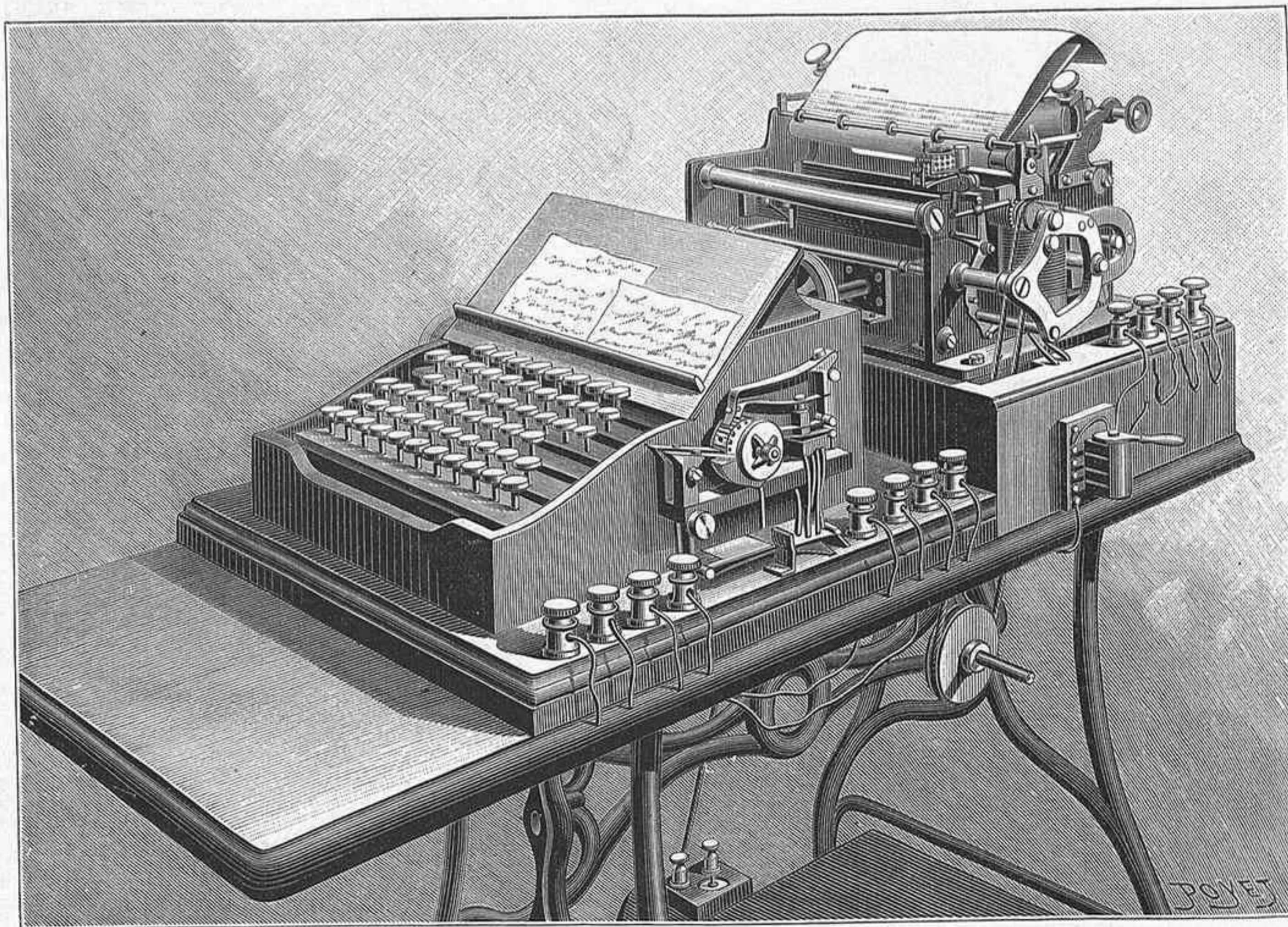


Coto sagrado descubierto en Idalión

miento de relojería. Una rueda en la que están grabadas en relieve las letras del alfabeto obedece á las corrientes que se le envían del puesto transmisor é imprime en una tira de papel de catorce centímetros de ancho los caracteres impresos. El conmutador está movido por un pequeño motor eléctrico que recibe la energía necesaria de una batería de sesenta acumuladores Tudor. La carga de estos elementos se efectúa por medio de una derivación tomada en el sector Edison. La transmisión en el circuito exterior de los aparatos se verifica á una diferencia de potencial de 100 volts y con una intensidad de 0'38 amperes.

La agencia Havas presta actualmente dos servicios, el de las carreras de caballos y el financiero, y tiene cuarenta y cinco abonados distribuidos en número de quince por circuito. Estos aparatos funcionan en París de una manera regular y el abonado ve á cada instante desarrollarse la cinta y cubrirse poco á poco de numerosas inscripciones.

Las noticias así transmitidas son preciosas: los abonados reciben desde por la mañana todas las cotizaciones de la vispera en el extranjero, y durante todo el día siguen sin interrupción las distribuciones, especialmente en las horas de Bolsa. Todos los telegramas que de todas partes llegan á la



Máquina para escribir que transmite á distancia lo que en ella se imprime. En el primer término, la máquina de transmisión; detrás, la máquina receptora que sirve para la comprobación

agencia Havas son inmediatamente transmitidos á los abonados.

Son también muy curiosos los servicios relativos á las carreras de caballos: si se trata de un acontecimiento hípico de importancia, los datos telegrafados desde el hipódromo á la agencia son transmitidos en el momento en que echan á correr los caballos, al tercio de la carrera, á la mitad y al final, de suerte que aun antes de terminar la carrera puede el abonado prever los resultados de la misma.

El precio del abono es de 1.500 francos al año para el servicio financiero y 600 para el de las carreras de caballos.

La agencia Havas está preparando la instalación de un tercer servicio, el de las informaciones políticas, para el cual habrá de emplear una máquina mucho más potente que la que ahora utiliza. Todas las máquinas necesarias no están todavía dispuestas, pero nuestro grabado reproduce algunos modelos. El transmisor, máquina de escribir, que se ve en primer término, sirve para establecer los contactos; en segundo término está el receptor, parecido á los que hay instalados en los domicilios de los abonados actuales y en cuya parte superior está la tira de papel que se desarrolla delante de la rueda impresora.

(De La Nature)

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 se disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALDESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 para ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES
 y conserva el cutis limpio y terso

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores
 Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el
 año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base
 de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como
 mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia
 contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO,
 BRONQUITIS,
 OPRESION
ASMA
 y toda afeccion
 Espasmódica
 de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
 J. FERRÉ y Cia, Pcos. 102, R. Richelieu, Paris.

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el **Vigor**, la **Coloracion** y la **Energía vital**.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm., 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EL APIOL
 DE LOS DOCTORES
JORET Y HOMOLLE
 REGULARIZA LAS EPOCAS.
 IMPIDE LOS DOLORES.
 RETRASOS, SUPRESIONES, &c.
 Dosis: una ó dos capsulas mañana y tarde.
 FRASCO 4/60. TODAS FARMACIAS.
 PARA ENTENDER LA FORMA DE ÉSTO, EXIJA EL APIOL DE LOS DOCTORES JORET Y HOMOLLE
 MEDALLA de ORO, Exposición de ANVERS 1894.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART. EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
CASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones, curados ó prevenidos, (Etiqueta adjunta en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY
 91, rue des Petits-Champs.
 En todas las Farmacias de España.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

MAREO PELAGINA
 RESULTADOS COMPLETOS en el mayor número;
 ALIVIO SEGURO en los otros.
 IMPORTA SABER COMO EMPLEARLO. En Franela, frascos 5, 3 y 1 fr. 50
E. FOURNIER Farm., 114, Rue de Provence, PARIS,
 y en las principales Poblaciones marítimas.
MADRID: Melchor GARCIA, y todas Farmacias.

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

Pildoras y Jarabe de BLANCARD
 Con Ioduro de Hierro inalterable.
ANEMIA
COLORES PALIDOS
RAQUITISMOS
ESCROFULOS
TUMORES BLANCOS, etc., etc.
 Exigir la Firma y el Sello de Garantia.—Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

Solucion BLANCARD
 y **Comprimidos de Exalgina**
JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.
 El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR

VELOUTINE FAY **POLVO DE ARROZ EXTRA**
 El mejor y mas célebre polvo de tocador
 preparado con bismuto
 por **Ch. Fay**, perfumista
 9, Rue de la Paix, PARIS



El nuevo Palacio de Justicia del imperio alemán, recientemente inaugurado en Leipzig, obra del arquitecto Luis Hoffmann

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

PAPEL WLINSI

Sóberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Selne.

Las Personas que conocen las PILDORAS DE DEHAUT DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{te}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de **GÉLIS & CONTÉ**
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

CARNE y QUINA

El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fertilizante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.
Par mayor. en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**